

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE
• DELEGACIÓN PARA EL CLERO •
Meditaciones sacerdotales

«Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 17)



CURSO 2021-2022

Sea oficio de amor apacientar la grey del Señor

Material para uso en los arciprestazgos
Formación Permanente del Clero

«Apacienta a mis ovejas»

(Jn 21, 17)

Sea oficio de amor apacentar la grey del Señor

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

Delegación para el Clero

Meditaciones sacerdotales

«Apacienta a mis ovejas» (Jn 21, 17)

Sea oficio de amor apacentar la grey del Señor



FORMACIÓN PERMANENTE DEL CLERO

Material para uso en arciprestazgos

Curso 2021/2022

Primera edición: julio, 2021.

© Obispado de Orihuela-Alicante.

C/Marco Oliver, 5 03009 Alicante.

Diseño y maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania. Campos Vassallo, 20. 03004 Alicante.

Imagen de la cubierta:

La pesca milagrosa. Obra de la pintora de iconos Kirsten Voss.

Índice

Presentación del Sr. Obispo7

Introducción 13

SESIONES EN EL ARCIPRESTAZGO

PRIMERA MEDITACIÓN

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él contesta: sí, Señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: pastorea mis ovejas» (Jn 21, 16)..... 21

SEGUNDA MEDITACIÓN

«Cuida de ti mismo y de la enseñanza. Sé constante en estas cosas, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan» (I Tm 4, 16)..... 39

TERCERA MEDITACIÓN

«Que la gente solo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (I Cor 4, 1) 61

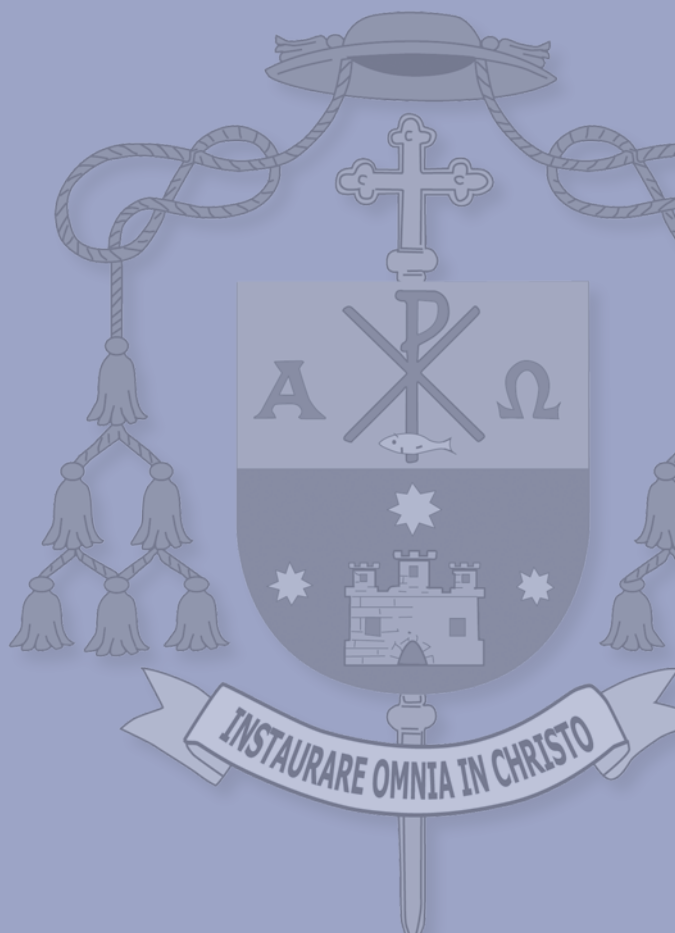
CUARTA MEDITACIÓN

«Os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere» (I Pe 5, 1-2)..... 81

Ofertas formativas curso 2020-2021 109

Fechas a recordar del calendario pastoral 2021-2022 112

PRESENTACIÓN DEL SR. OBISPO



Presentación del sr. Obispo



Queridos hermanos sacerdotes:

La Delegación para el Clero nos propone para este curso 2021/2022 en este folleto el contenido de la Formación permanente cuyo título es «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 17). Sea oficio de amor apacientar la grey del Señor». Quiero compartir modestamente con vosotros las cuestiones esenciales que me sugiere su lectura.

Título y subtítulo del texto

A mi parecer el título y el subtítulo constituyen la síntesis esencial de la Formación permanente para este curso. Y entiendo ambos como exhortaciones que el propio Jesús en la persona de San Pedro nos dirige a cada uno personalmente. Esta es una muy buena meta formativa: apacientar, pastorear y ejercer el ministerio desde el amor a Jesucristo. Ella es la verdadera motivación de una evangelización con Espíritu. El amor a Cristo es el criterio del discernimiento pastoral y espiritual, la motivación esencial de las tareas sacerdotales y el consuelo en los momentos de dificultad en el ministerio. El amor a Jesucristo es la verdadera resiliencia cristiana que transforma las dificultades en ventaja de crecimiento humano y espiritual.

El texto se ha fundamentado en el quizás mejor comentario a Jn 21, 15-19, que es el Tratado de sobre el Evangelio de San Juan de San Agustín, y que San Juan Pablo II lo sigue en la Exhortación Pastores dabo vobis nn. 23 y 24 cuando quiere explicar la caridad pastoral y la vida espiritual en el propio ejercicio del Ministerio sacerdotal. Todos en la persona de san Pedro estamos invitados a que el apacientar las ovejas del Señor; sea para nosotros un oficio de amor incansable.

El presbítero, evangelizador con Espíritu

El texto ha realizado una doble contextualización eclesial, a partir del principio seguido de integrar y conjugar la verdad permanente del ministerio presbiteral con las instancias y características del hoy: «Hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia (...). Pero ciertamente la vida y el ministerio del sacerdote deben también adaptarse a cada época y a cada ambiente de vida»¹. Ha partido de preguntarse cuál es el hoy de la Iglesia universal y lo ha encontrado en algo por todos conocido: el sacerdote se encuentra hoy en el marco de una transformación misionera de la Iglesia², de una pastoral en conversión³, de una reforma del corazón⁴, de unas reformas de estructuras y de la organización evangelizadoras⁵, y de lograr evangelizadores con Espíritu⁶. También ha buscado el marco de la Iglesia diocesana: La Iglesia diocesana, como segundo contexto de la Formación permanente del sacerdote, quiere meditar y contemplar en encuentro de Jesús resucitado con los apóstoles en Jn 21, 1-14. Este texto le sirve a la comunidad diocesana como motivación y guía de sus orientaciones pastorales, que plasmarán en un primer itinerario de potenciar la parroquia como comunidad fraterna, eucarística y misionera, en un segundo itinerario de considerar y atender al primado de la caridad sobre todo en estos tiempos de crisis, en un tercer itinerario de promover el valor del testimonio y el acompañamiento eclesial de los fieles laicos y en un quinto itinerario de contribuir «por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión».

Sentada esta doble contextualización surge la síntesis deseable formativa: ser en la Iglesia evangelizadores con Espíritu. Y para ello, la meditación y contemplación personal y comunitaria de los presbíteros del texto Jn 21, 15-19, que es la continuación del

1 San Juan Pablo II, PDV, 5.

2 Cf. Francisco, EG, 40.

3 Cf. Francisco, EG, 25-33.

4 Cf. Francisco, EG, 1-8, 259-263.

5 Cf. Francisco, EG, 26-33.

6 Cf. Francisco, EG, 262-283.

que toda la Comunidad diocesana medita, puede encender el corazón y el ardor de la «santidad misionera» del sacerdote, que es la urgencia, según el papa Francisco, de una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable⁷, y que crea espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales⁸, y que algunos aspectos de la realidad personal y estructural puedan debilitar o detener los dinamismos de renovación misionera de la Iglesia⁹. Por todo ello, la propuesta formativa apunta a suscitar el ardor y el fervor de los evangelizadores con Espíritu.

El desarrollo del texto en cuatro meditaciones sacerdotales

El texto se desarrolla en cuatro meditaciones que tienen en la primera meditación la fuente para el resto de meditaciones, al detenerse, al contemplar y al considerar que el amar a Jesucristo funda el apacentar sus ovejas según el texto de Jn 21, 15-19. Ahora bien, el texto ha recurrido a dos estructuras del presbítero según san Juan Pablo II, que forman una sola unidad como áreas de despliegue y de aplicación de Jn 21, 15-19: el Presbítero misterio en Cristo, el Presbítero comunión en Cristo y el Presbítero misión en Cristo y el Presbítero Ministro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y como Guía de la Comunidad. Quiero buscar unos pequeños acentos en las tres últimas meditaciones. Quiero resaltar en algunas meditaciones acentos. En la Meditación primera: el dinamismo realizador si uno no se apacienta a sí mismo. En la Meditación segunda: qué es cuidarse a sí mismo según San Pablo y la relación del presbítero con la Palabra. En la Meditación tercera: suscitar en los fieles la dimensión de anuncio en la celebración de los sacramentos. En la Meditación cuarta: la cualificación de la personalidad presbiteral con las virtudes del pastor y las actitudes y destrezas, en especial en el trato y la conversación pastoral.

7 Cf. Francisco, EG, 82.

8 Cf. Francisco, EG, 77.

9 Cf. Francisco, EG, 51.

Invitación

Después de este sencillo y modesto recorrido sobre la propuesta de la Delegación para el Clero como Formación permanente para este próximo curso, como dije en el principio de esta presentación, entiendo que es el propio Jesús en la persona de San Pedro quien nos invita personalmente a que nuestro Ministerio presbiteral sea un oficio de amor incansable hacia Él, según la expresión agustiniana, un «*officium amoris*», pero, al mismo tiempo, seamos muy conscientes de que también nosotros somos apacentados por el amor de Cristo.: «somos vuestros pastores (*pascimus vobis*), con vosotros somos apacentados (*pascimur vobiscum*)»¹⁰. Y amar y ser amados es la salvación¹¹ y amar y ser amados es el mérito y el premio¹².

Que Nuestra Señora, la Madre de la Iglesia, nos ayude en este proceso de configuración con Cristo Cabeza y Pastor, Siervo y Esposo, ya que «todo presbítero sabe que María, por ser Madre, es la formadora eminente de su sacerdocio, ya que ella es quien sabe modelar el corazón sacerdotal, protegerlo de los peligros, cansancios y desánimos. Ella vela, con solicitud materna, para que el presbítero pueda crecer en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y e los hombres (cf. Lc 2, 40)»¹³.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela - Alicamte

10 San Agustín, Sermo de Nat. Sanct. Apost. Petri et Pauli ex Evangelio in quo ait: Simon Iohannis Diligis me?, en: san Juan Pablo II, PDV, 25.

11 Cf. Guillermo, abad del monasterio de San Teodorico, Tratado sobre la contemplación de Dios, n. 9-11: SC 61, 90-96.

12 San Bernardo, Sermón sobre el Cantar de los cantares, Sermón 83, 4-6.

13 Congregación para el Clero, Directorio para el Ministerio y la Vida de los presbíteros, 85.

Introducción



Introducción

Es muy beneficioso y gozoso para cada sacerdote sentirse siempre un discípulo necesitado constantemente de una formación «única, integral, comunitaria y misionera», «entendida como una continua configuración con Cristo»¹⁴. «El sacerdote, no solo aprende a conocer a Cristo, sino que se halla dentro de un proceso de gradual y continua configuración con Él, en su ser y en su hacer, que constituye un reto permanente de crecimiento interior de la persona»¹⁵. En esta «forma Christi» (Gál 4, 19) continuada es preciso conjugar la verdad permanente del ministerio presbiteral con las instancias y características del hoy: «Hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia (...). Pero ciertamente la vida y el ministerio del sacerdote deben también adaptarse a cada época y a cada ambiente de vida»¹⁶.

En el contexto de la Iglesia universal

El primer contexto de la formación permanente es la Iglesia universal. El sacerdote se encuentra hoy en el marco de una transformación misionera de la Iglesia¹⁷, de una pastoral en conversión¹⁸, de una reforma del corazón¹⁹, de unas reformas de estructuras y de la organización evangelizadoras²⁰, y de lograr evangelizadores con Espíritu²¹. Este marco eclesial está retado, a su vez, por las

14 Congregación para el Clero, El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis, Introducción, 3. En adelante, Ratio.

15 Ratio, 80.

16 San Juan Pablo II, PDV, 5.

17 Cf. EG, 40.

18 Cf. Francisco, EG, 25-33.

19 Cf. Francisco, EG, 1-8, 259-263.

20 Cf. Francisco, EG, 26-33.

21 Cf. Francisco, EG, 262-283.

dificultades propias de esta época²² y, dentro de la propia Iglesia, por las tentaciones en los mismos evangelizadores²³. También la Iglesia universal se encuentra en este momento con intención de preparar durante los años 2021-2023 la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos sobre «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión» en el que contribuirán las diócesis y los continentes. Este contexto de la Iglesia universal es muy propicio para reavivar el carisma sacerdotal, que es la meta esencial de la Formación permanente del sacerdote: el primero le invita a ser «evangelizador con Espíritu»²⁴ y el segundo ayudará al presbítero a reavivar su carisma presbiteral de ser un «multiforme y rico conjunto de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en comunión de la Iglesia»²⁵ y un «hombre de comunión»²⁶.

En el marco de la Iglesia diocesana

La Iglesia diocesana, como segundo contexto de la Formación permanente del sacerdote, quiere meditar y contemplar el encuentro de Jesús resucitado con los apóstoles en Jn 21, 1-14. Este texto le sirve a la comunidad diocesana como motivación y guía de sus orientaciones pastorales, pues contemplando esta escena evangélica recibe una invitación del Resucitado a echar las redes para pescar con la sugerencia de Cristo, para que junto a Él, en la mesa y en el alimento de la Eucaristía, la pesca tenga fruto. Por ello, la escena de Jn 21, 1-14 ayudará a renovar desde la eucaristía las comunidades cristianas después de la noche de pandemia, pues ese es su título y subtítulo: «Venid y comed» (Jn 21, 12). Una Iglesia convocada a compartir la mesa junto al Resucitado». Este núcleo experiencial del texto abrirá un primer itinerario de potenciar la parroquia como comunidad fraterna, eucarística y misionera, un segundo itinerario de considerar y atender al primado de la

22 Cf. Francisco, EG, 52-75, 263.

23 Cf. Francisco, EG, 76-109.

24 Cf. Francisco, EG, 262-283.

25 San Juan Pablo II, PDV, 12.

26 San Juan Pablo II, PDV, 18, 43.

caridad sobre todo en estos tiempos de crisis, un tercer itinerario de promover el valor del testimonio y el acompañamiento eclesial de los fieles laicos y un quinto itinerario de contribuir «por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión».

El sacerdote, evangelizador con Espíritu. Formación permanente 2021/2022

A la luz de este doble contexto eclesial la Delegación para el Clero ofrece para este curso 2021/2022 meditar y contemplar el encuentro de Jesús resucitado con San Pedro en el texto de Juan 21, 15-19, que es el fragmento siguiente del texto que siguen las Orientaciones pastorales para este curso. El texto tiene una honda riqueza en la reconstrucción del alma de San Pedro, porque contiene «la enseñanza explícita y programática de Jesús»²⁷: «la caridad del sacerdote se refiere primariamente a Jesucristo y solamente si ama y sirve a Cristo Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso de amor y del servicio del sacerdote a la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo»²⁸. La oferta de Jesús a San Pedro es hacer del sacerdocio «una elección de amor»²⁹, un «*officium amoris*»³⁰, «sea oficio de amor apacentar la grey del Señor», que es el subtítulo de este folleto inspirado en San Agustín.

La contemplación de ese encuentro de Jesús con San Pedro puede hacernos reavivar nuestro carisma sacerdotal (Cf. II Tim 1, 6), como lo fue para el apóstol: «**¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer?**»³¹. Ese amor que Jesús pide a san Pedro es la experiencia fundante del presbítero y el fundamento para el camino de ser hoy evangelizadores con Espíritu³², promoviendo en la comunidad cristiana y en cada bautizado ese Espíritu evangelizador. Un evan-

27 San Juan Pablo II, PDV, 23.

28 San Juan Pablo II, PDV, 23.

29 San Juan Pablo II, PDV, 23.

30 San Agustín, Tratado sobre el Evangelio de San Juan, Tratado 123, 5; cf San Juan Pablo II, PDV, 23 y 24.

31 Francisco, EG, 264.

32 Cf. Francisco, EG, 229-263.

gelizador con Espíritu discierne y transforma las tentaciones en la pastoral y en la evangelización³³ y recupera las motivaciones de los santos para enfrentarse a las dificultades propias de la época³⁴ con las motivaciones adecuadas indicadas por el papa Francisco: el encuentro con el amor de Jesús que nos salva³⁵, el gusto espiritual por ser pueblo³⁶, la acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu³⁷ y la fuerza misionera de la intercesión³⁸.

Cuatro meditaciones sobre el texto de Jn 21, 15-19

Este reavivar el carisma presbiteral se extiende a todo el ministerio de apacentar sus ovejas (cf Jn 21, 17). Las cuatro meditaciones tienen en la primera meditación su fundamento al invitar al sacerdote a detenerse, a contemplar y a considerar que el amar a Jesucristo funda el apacentar sus ovejas según el texto de Jn 21, 15-19. Ahora bien, para entender al presbítero en su ser y en su obrar podemos desglosar su específica configuración con Cristo Cabeza y Pastor con la estructura de «misterio, comunión y misión» con la que el papa San Juan Pablo II lee la vocación sacerdotal, y toda vocación, en el marco de la vocación de la Iglesia como misterio, comunión y misión³⁹. Con este modelo San Juan Pablo II explica todo lo referido al sacerdote: la teología del ministerio ordenado⁴⁰, la espiritualidad del sacerdote⁴¹, la actividad pastoral del presbítero⁴² y la misma formación permanente del sacerdote⁴³. De este modo, las tres meditaciones siguientes conjugan al mismo tiempo al presbítero como Misterio en Cristo, Comunión en Cristo y Mi-

33 Cf. Francisco, EG, 76-109.

34 Cf. Francisco, EG, 263.

35 Cf. Francisco, EG, 264-267.

36 Cf. Francisco, EG, 268-274.

37 Cf. Francisco, EG, 275-280.

38 Cf. Francisco, EG, 281-283.

39 Cf. San Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 8; PDV, 12.

40 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 12.

41 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 19-35.

42 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 59.

43 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 73-75.

sión en Cristo⁴⁴, y, en su tarea pastoral de apacentar las ovejas de Cristo, como Ministro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y como Guía de la Comunidad⁴⁵.

44 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 12, 19-35, 59, 73-75.

45 Cf. San Juan Pablo II, PDV 26, 46-50; Benedicto XVI, *Munus docendi*, Audiencia General, 14 de abril de 2010; Benedicto XVI, *Munus sanctificandi*, Audiencia General, 2 de mayo de 2010; Benedicto XVI, *Munus regendi*, Audiencia General, 26 de mayo de 2010; Congregación para el Clero, *El presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad*, ante el tercer milenio cristiano, Roma, 19 de marzo de 1999.

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él contesta: sí, Señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: pastorea mis ovejas» (Jn 21, 16)

Sea oficio de amor el apacentar las ovejas del Señor

Primera Meditación



PRIMERA MEDITACIÓN

1^a

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él contesta: sí, señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: pastorea mis ovejas»

Sea oficio de amor el apacentar las ovejas del Señor⁴⁶

ORACIÓN

«Señor y Dios nuestro, nuestra única esperanza, óyenos para que no sucumbamos al desaliento y dejemos de buscarte, sino que ansiemos siempre tu rostro con más ardor. Danos fuerzas para la búsqueda, tú que hiciste que te encontráramos y nos has dado la esperanza de encontrarte más y más. Ante ti ponemos nuestra fortaleza. Y con ella nuestra debilidad. Acreciéntanos la primera y cúranos la segunda. Ante Ti ponemos nuestra ciencia. Y con ella nuestra ignorancia. Allí donde nos abriste, recíbenos, pues estamos entrando. Allí donde nos cerraste, ábrenos, pues estamos llamando. Que nos acordemos de Ti. Que Te comprendamos. Que Te amemos. Aumenta en nosotros tus favores hasta que totalmente nos reformedmos en Ti»⁴⁷. Amén.

⁴⁶ San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

⁴⁷ San Agustín, De Trin. 15, 28, 51.

INTRODUCCIÓN

Esta primera meditación considera y contempla el encuentro de Jesús resucitado con San Pedro según el texto Jn 21, 15-19. Es preciso, pues, invocar al Espíritu Santo para que nos dé conocimiento interno del encuentro de Jesús Resucitado con san Pedro, es decir, el sentir y gustar del encuentro por dentro⁴⁸, para más amar y para más seguirle⁴⁹. Muchos contemplativos han encontrado una honda riqueza en el texto. San Agustín, por ejemplo, penetró la esencia del encuentro y la conceptualizó diciendo: *sit amoris officium pascere dominicum gregem*⁵⁰, sea oficio de amor el apacentar las ovejas del Señor. En este comentario agustiniano se han fundamentado los documentos de la Iglesia para desentrañar qué es la caridad pastoral⁵¹. De esta meditación parten las tres siguientes meditaciones.

EL TEXTO

«Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Él le contestó: sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice apacienta mis corderos. Por segunda vez le pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él le contesta: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: Pastorea mis ovejas. Por tercera vez le pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció de que le preguntara por tercera vez: ¿Me quieres? y le contestó: Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando sea viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y le llevará adonde no quieras. Esto lo dijo aludiendo con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: Sígueme» (Jn 21, 15-19).

48 Cf. San Ignacio de Loyola, Ejercicios espirituales, 2, 4. En adelante, EE.

49 Cf. San Ignacio de Loyola, EE, 104.

50 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

51 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 23-24.

COMENTARIO

1. «DESPUÉS DE COMER» (JN 21, 15). EL CONTEXTO DEL TEXTO

El evangelio de san Juan

La tradición ha atribuido el cuarto evangelio al apóstol Juan, hermano de Santiago el Mayor, por considerar que el autor debe ser un testigo ocular (Cf. Jn 19, 35). El autor del cuarto evangelio ha sido llamado «Juan el teólogo», que indica la profundidad de la obra, pero, más bien, es una profundidad contemplativa que suele atribuírsele a su condición de discípulo amado (cf Jn 13, 23, 19, 25; 20,2; 21, 7). Se considera que el Padre y el Hijo, juntamente con el Espíritu Santo, centran todo el evangelio. La primera conclusión del texto evangélico define el propio evangelio: «Estos signos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn 20 31). Realmente este Evangelio es el Evangelio de la proclamación de la mesianidad y la filiación divina de Jesús partiendo de «señales», que tienen por finalidad suscitar y desarrollar la fe en Cristo y alcanzar la vida eterna.

El cuarto evangelio presenta unos rasgos propios y un peculiar enfoque. Podemos considerar algunos testimonios sobre la profundidad del cuarto evangelio. En el siglo II, Clemente de Alejandría refiere que «observando que los hechos corporales habían sido narrados en los evangelios, Juan, el último de todos, compuso el evangelio espiritual»⁵². Del mismo modo Alcuino de York (Inglaterra h. 730-804) subraya esta profundidad: «San Juan se distingue entre los mismos escritores de los Evangelios por la profundidad con que trata los divinos misterios»⁵³. San Agustín, con ocasión de calificar a San Juan de águila que se remonta a las alturas, afirma:

52 Clemente de Alejandría, en: Eusebio, Historia eclesiástica, VI, 14, 7.

53 Alcuino, en: Santo Tomás de Aquino, Catena aurea. Exposición de los cuatro evangelios, vol. V, San Juan, Prefacio.

«San Juan traspasa todas las esferas del aire, todas las alturas de las estrellas y todos los coros y las legiones de los ángeles. Y si no traspasase todo lo que ha sido creado, no hubiese podido llegar hasta Aquél por quien todas las cosas han sido hechas. De esto se desprende (si fijamos en ello la atención) que los tres Evangelistas refirieron los hechos temporales y las palabras del Señor, que pueden contribuir en gran manera a reformar nuestras costumbres en esta vida, (...), y san Juan fija su atención y su predicación en recomendar la virtud de la contemplación. De aquí que los tres animales que representan a los tres evangelistas (o sea el león, el hombre y el toro), andan por la tierra, porque los tres evangelistas se ocupan especialmente de lo que hizo Jesucristo en carne mortal, y de los preceptos que dio para norma de la vida moral en cuanto al cuerpo. Pero San Juan se remonta sobre las nubes de la humana debilidad, como se remonta el águila por los aires, y ve la luz de la verdad inmutable con los ojos finísimos y penetrantes de su alma, y especialmente la divinidad de Jesucristo, por la que es igual al Padre, cuidando de recomendar en su evangelio cuanto creyó que necesitaban los hombres»⁵⁴.

El contexto del texto

San Agustín nos relata el contexto: «Ésta fue ya la tercera vez, afirma, que Jesús se manifestó a sus discípulos tras haber resucitado de entre los muertos (Jn 21, 14). Debemos referir el dato no a esas mostraciones mismas, sino a los días, esto es, se manifestó el primer día, cuando resucitó; *tras ocho días*, cuando el discípulo *Tomás vio y creyó*, y hoy, cuando con los peces hizo esto; ahora bien, no está dicho tras cuántos días hizo esto. Efectivamente, según demuestran tras ser comparados los testimonios de todos los evangelistas, en el primer día mismo fue visto no sólo una vez; pero, como queda dicho, sus manifestaciones han de contarse según los días, para que ésta sea la tercera. En efecto, por la primera, idéntica y única por el único día, han de tenerse todas las veces que él se mostró aun a cualesquiera a quienes se mostró en

⁵⁴ San Agustín, en: Santo Tomás de Aquino, o.c, Prefacio.

ese día en que resucitó; por la segunda, la de *tras ocho días*; por la tercera, ésta y, después, cuantas veces quiso hasta el día cuadragésimo, en que *ha ascendido al cielo*, aunque no esté escrito todo»⁵⁵. El capítulo 21 de San Juan, pues, nos refiere la tercera manifestación de Jesús resucitado a los apóstoles que incluye una pesca milagrosa, un almuerzo y este dialogo de Jesús con San Pedro. Esos elementos contextuales son considerados muy directamente por el comentario incluido en las Orientaciones pastorales para el curso 2021/2022.

2. EL COLOQUIO DE JESÚS CON SAN PEDRO

La finalidad del coloquio

El coloquio de Jesús con Pedro comienza sabiamente con un enlace, «después de comer» (Jn 21, 15) lo que Jesús había preparado con la invitación «vamos almorzad» Jn 21, 12 y que Él mismo reparte, «Jesús se acerca, toma el pan y de lo da, y lo mismo el pescado» (Jn 21, 13): «el que hace un momento hizo que tuviera éxito el trabajo de los discípulos, aparece ahora como el organizador de la comida»⁵⁶ y «llama a los discípulos a recibir el alimento que él mismo les da»⁵⁷. En este clima cálido y disponible va a acontecer la conversación cristológica con la finalidad de fortalecer a Pedro para ejercer el servicio de apacentar las ovejas de Jesús. «Con amor perfecto» se dirige a su discípulo Pedro que tiene en el alma una negación «altanera» para fortalecerlo en su debilidad y para que también Pedro acepte su muerte por el Señor: «Pedro suponía que él iba a deponer *su alma* por Cristo (Cf Jn 13,37) -por el Liberador quien necesitaba ser liberado-, aunque Cristo había venido a deponer *su alma por* todos los suyos, entre los que estaba también Pedro, lo cual he ahí que ha sucedido ya»⁵⁸.

55 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 3.

56 Xavier Léon-Dufour, Lectura del evangelio de Juan. Jn 18-21, vol. IV, Sígame, Salamanca 1998, p. 230.

57 Xavier Léon-Dufour, o.c., p. 231.

58 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 4.

Si me amas, apacienta mis ovejas

El Señor se ha manifestado y ha invitado también a Pedro a su mesa, introduciéndolo en su pascua: «La pregunta a Pedro implica que este perdón total, exento de todo reproche, suscita en discípulo un amor proporcional a la misericordia recibida»⁵⁹. «La respuesta de Pedro muestra admirablemente hasta qué punto lo ha transformado su experiencia pasada y presente. No sólo no busca sobresalir entre los demás, sino que ni siquiera se atreve a afirmar directamente que ‘sí’, que ama a Jesús, a pesar de que es verdad. Confía en el conocimiento que Jesús tiene de su corazón. El sujeto de la frase no es ‘yo’, sino ‘tú’: ‘Tú sabes que te amo’. Tú lo sabes todo»⁶⁰. «Se responde a negación triple confesión, para que la lengua sirva al amor no menos que al temor, y no parezca que la muerte inminente ha arrancado más palabras que *la Vida* presente. Sea oficio del amor apacientar el rebaño del Señor, si fue indicio de temor negar al Pastor»⁶¹.

De este modo, la conexión intrínseca entre el amor hacia Jesús y el apacientar las ovejas es el fundamento de la misión de San Pedro tan bien expresado por San Agustín: «Pero hay que decir que todos los buenos pastores son, en realidad, como miembros del único pastor y forman una sola cosa con él. Cuando ellos apacientan, es Cristo quien apacienta. Los amigos del esposo no pretenden hacer oír su propia voz, sino que se complacen en que se oiga la voz del esposo (Cf. Jn 3,29). Por esto, cuando ellos apacientan, es el Señor quien apacienta; aquel Señor que puede decir por esta razón ‘Yo mismo apaciento’ (Ez 34,15), porque la voz y la caridad de los pastores son la voz y la caridad del mismo Señor. Ésta es la razón por la que quiso que también Pedro, a quien encomendó sus propias ovejas como a un semejante, fuera una sola cosa con él: así pudo entregarle el cuidado de su propio rebaño, siendo Cristo la Cabeza y Pedro como el símbolo de la Iglesia que es su cuerpo; de

59 Xavier Léon-Dufour, o.c., p. 235.

60 Xavier Léon-Dufour, o.c., p. 236.

61 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

esta manera, fueron dos en una sola carne (Cf Mt 19,5; Gn 2,24), a semejanza de lo que son el esposo y la esposa. Así, pues, para encomendar a Pedro sus ovejas, sin que con ello pareciera que las ovejas quedaban encomendadas a otro pastor distinto de sí mismo, el Señor le pregunta: 'Pedro, ¿me amas?'. Él respondió: 'Te amo'. Y le dice por segunda vez: '¿Me amas?'. Y respondió: 'Te amo'. Y le pregunta por tercera vez: '¿Me amas?'. Y respondió: 'Te amo' (Jn 21,15-17). Quería fortalecer el amor para reforzar así la unidad. De este modo, el que es único apacienta a través de muchos, y los que son muchos apacientan formando parte del que es único»⁶².

Qué es apacentarse a sí mismo al apacentar a los demás

«Efectivamente, '¿Me quieres? Apacienta mis ovejas', ¿qué otra cosa significa que si dijera: "Si me quieres, no pienses en apacentarte, sino apacienta mis ovejas como mías, no como tuyas; en ellas busca mi gloria, no la tuya; mi dominio, no el tuyo; mis ganancias, no las tuyas, para que no estés en la sociedad de esos que, amantes de sí mismos (Cf 2Tm 3,1-5)"⁶³. 'Este vicio han de evitar máxime quienes apacientan las ovejas de Cristo, no sea que busquen lo suyo, no lo que es de Jesucristo, y para provecho de sus pasiones se sirvan de esos por quienes ha sido derramada la sangre de Cristo. El amor hacia éste debe crecer, en el que apacienta sus ovejas, hasta un ardor espiritual tan grande que venza incluso el natural temor a la muerte'⁶⁴». «Acabamos de escuchar esta lectura; ahora podemos comentarla con vosotros. El Señor nos ayudará a decir cosas que sean verdaderas, en vez de decir cosas que sólo sean nuestras. Pues, si sólo dijésemos las nuestras, seríamos pastores que nos estaríamos apacentando a nosotros mismos, y no a las ovejas; en cambio, si lo que decimos es suyo, él es quien os apacienta, sea por medio de quien sea. Esto dice el Señor: '¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No son las ovejas lo que tienen que apacentar los pastores?' (Ez 34,2). Es decir,

62 San Agustín, Sermón sobre los pastores, Sermón 46, 30.

63 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

64 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

que no tienen que apacentarse a sí mismos, sino a las ovejas. Esta esta primera acusación dirigida contra esos pastores, la de que se apacientan a sí mismos en vez de apacentar a las ovejas. ¿Y quiénes son éstos que se apacientan a sí mismos? Los mismos de los que dice el Apóstol: 'Todos sin excepción buscan su interés, no el de Jesucristo' (Flp 2,21)⁶⁵».

Dos aspiraciones desea quien se apacienta a sí mismo al apacentar las ovejas de Jesús: «Se echa en cara de los pastores que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas, lo que aman y lo que descuidan. ¿Qué aman, pues? *Habéis tomado su leche; os habéis cubierto con su lana*. Por ello dice el Apóstol: *¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta una grey y no se nutre de su leche?* Descubrimos que la leche de la grey es todo lo que el pueblo de Dios dona a los que están al frente de él para su sustento temporal. De ello hablaba el Apóstol»⁶⁶. «Ya que hemos hablado de lo que quiere decir beberse la leche, veamos ahora lo que significa cubrirse con su lana. El que ofrece la leche ofrece sustento, y el que ofrece la lana ofrece honor. Éstas son las dos cosas que esperan del pueblo los que se apacientan a sí mismos en vez de apacentar a las ovejas: la satisfacción de sus necesidades con holgura y el favor del y la gloria»⁶⁷.

Efecto destructor del propio dinamismo del apacentarse a sí mismo

Es muy interesante tomar conciencia del efecto destructor que tiene el propio dinamismo de apacentarse a sí mismo; es un pensamiento común de San Agustín de cómo las cosas se vuelven contra sus propios amantes si no andan en verdad: «Por cierto, no sé de qué modo inexplicable, cualquiera que se ama a sí mismo, no a Dios, no se ama y, cualquiera que ama a Dios, no a sí mismo, precisamente ése se ama. En efecto, quien no puede

⁶⁵ San Agustín, Sermón sobre los pastores, Sermón 46, 2.

⁶⁶ San Agustín, Sermón sobre los pastores, Sermón 46, 3-4.

⁶⁷ San Agustín, Sermón sobre los pastores, Sermón 46, 6.

vivir por sí, muere, evidentemente, amándose; no se ama, pues, quien se ama de forma que no viva»⁶⁸. Efectivamente, este efecto destructor de la autorreferencia está contrastado también con los criterios de crecimiento personal. «Vuelve a ti mismo, y cuando te hubieras encontrado, trasciéndete a ti mismo»⁶⁹. El mensaje de la invitación al retorno comunica el camino dinámico del hombre: vuelve a ti mismo, entra dentro de ti y cuando te hubieras hallado, trasciéndete. No quieras permanecer en ti mismo egocéntricamente malográndote, sube arriba⁷⁰. Pues queriendo permanecer en ti mismo ni en ti mismo permanecerás si no te trasciendes. Es un descender para ascender⁷¹. El camino de crecer como persona requiere «un sobrepasamiento»⁷² de sí mismo, es decir, trascenderse y trascender en cada reto de la vida y en cada categoría de su personalidad, pues sólo la determinación coherente plasmada en un esfuerzo constante de superación y de desprendimiento lleva a la más alta humanización, a la espiritualización.

Quando seas viejo, Pedro, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras. «Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios» (Jn 21, 19)

«A este amador suyo dice además el Señor: «Cuando hayas envejecido, extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde tú no quieres». Por cierto, le dijo esto para dar a entender la muerte con que iba a glorificar a Dios. Afirma: «Extenderás tus manos, esto es, serás crucificado. Ahora bien, para que llegues a esto, otro te ceñirá y llevará no adonde quieres, sino adonde no quieres». Primero ha dicho lo que sucederá, y después cómo sucederá. En efecto, no crucificado, pero, evidentemente, para ser crucificado fue llevado adonde no quería, porque crucificado se marchó no adonde no quería, sino, más bien, adonde quería.

68 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

69 San Agustín, De vera relig. 39, 72.

70 Cf. San Agustín, Serm. 330, 3; Confesiones, VII, 11, 17; X, 26, 37.

71 Cf. San Agustín, Confesiones, IV, 12, 19.

72 Emmanuel Mounier El Manifiesto al servicio del personalismo, en: Obras completas, I, Sígueme, Salamanca 1992, p. 631.

En efecto, quería, librado del cuerpo, estar con Cristo»⁷³. «Pero, por grande que sea el pesar de la muerte, debe vencerlo el vigor del amor con que se ama a ese que, aunque es *nuestra vida*, por nosotros ha querido sufrir incluso la muerte. Por cierto, si el pesar de la muerte fuese nulo o pequeño, no sería tan grande la gloria de los mártires. Pero si *el Pastor bueno* que depuso *su alma por sus ovejas* (Cf Jn 10,18.11), de entre las ovejas mismas hizo para sí tan numerosos mártires, ¿cuánto más deben luchar *por la verdad hasta la muerte y contra el pecado hasta derramar la sangre* esos a quienes ha encomendado las ovejas mismas para apacientarlas, esto es, guiarlas y enseñarles?»⁷⁴.

3. EL MINISTERIO PRESBITERAL, OFICIO DE AMOR

La caridad pastoral es el «*officium amoris*»

El texto Jn 21, 15-19 indica el alma de la caridad del pastor, la caridad pastoral, su dinamismo y su naturaleza: «Con la caridad pastoral, que caracteriza el ejercicio del ministerio sacerdotal como «*amoris officium*»⁷⁵, el sacerdote, que recibe la vocación al ministerio, es capaz de hacer de éste una elección de amor, para el cual la Iglesia y las almas constituyen su principal interés y, amar a la Iglesia universal y a aquella porción de la Iglesia que le ha sido confiada, con toda la entrega de un esposo hacia su esposa»⁷⁶, porque «la Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total exclusivo como Jesucristo Cabeza y Esposo la ha amado»⁷⁷. Esta elección de Jesucristo como amor esencial constituye el alma del ejercicio del ministerio sacerdotal y configura la caridad pastoral del presbítero, que es «la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configu-

73 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

74 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

75 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

76 San Juan Pablo II, PDV, 23.

77 San Juan Pablo II, PDV, 29.

rado con Cristo Cabeza y pastor»⁷⁸. La naturaleza de este amor, en cuanto caridad pastoral, es «participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo» y es la vez don del Espíritu Santo y «deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero»⁷⁹.

Esta «caridad del sacerdote se refiere primariamente a Jesucristo: solamente si ama y sirve a Cristo Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso del amor y del servicio de la sacerdote a la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo»⁸⁰. «El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen» (...). No es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey»⁸¹. «En su realidad objetiva el ministerio sacerdotal es «*amoris officium*», según la ya citada expresión de San Agustín. Precisamente esta realidad objetiva es el fundamento y la llamada para un ethos correspondiente, que es el vivir el amor, como dice el mismo San Agustín: *Sit amoris officium pascere dominicum gregem*»⁸². Este ethos, y también la vida espiritual, es la acogida de la verdad en la conciencia y en la libertad, y por tanto en la mente y el corazón, en las decisiones y las acciones»⁸³.

El sacerdote, evangelizador con Espíritu

Este *amoris officium*, la caridad pastoral referida primariamente a Jesucristo⁸⁴ y en cuando don recibido, constituye «la primera motivación para evangelizar»⁸⁵, junto con «Cristo resucitado y glorioso es la fuente de nuestra esperanza»⁸⁶. Estas dos claves

78 San Juan Pablo II, PDV, 23.

79 San Juan Pablo II, PDV, 23.

80 San Juan Pablo II, PDV, 23.

81 San Juan Pablo II, PDV, 23.

82 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

83 San Juan Pablo II, PDV, 24.

84 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 23.

85 Francisco, EG, 264.

86 Francisco, EG, 275.

teologales, «el encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva»⁸⁷ y vivir en la persona y en la misión «la acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu»⁸⁸, con la inseparable conjunción del «el gusto espiritual de ser pueblo»⁸⁹ y «la fuerza misionera de la intercesión»⁹⁰, constituyen al sacerdote en un evangelizador con Espíritu, porque tendría sus motivaciones adecuadas: «cuando se dice que algo tiene espíritu, esto suele indicar unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria (...). Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con el Espíritu santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora»⁹¹.

El amoris officium en el ejercicio del Ministerio sacerdotal. Las tres meditaciones siguientes

El sacerdote no solo debe ser un evangelizador con Espíritu, sino que debe promover en el Pueblo de Dios, en sus diversos miembros y vocaciones, verdaderos evangelizadores con Espíritu; y esto lo conseguirá si su ejercicio ministerial es expresión de ese oficio de amor. La misión es una misión del Espíritu, porque «la misión no es una elemento extrínseco o yuxtapuesto a la consagración, sino que constituye su finalidad intrínseca y vital: la consagración es para la misión. De esta manera no sólo la consagración, sin o también la misión está bajo el signo del Espíritu, bajo su influjo santificador»⁹². «Existe por tanto una relación íntima entre la vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio descrita así por el Concilio Vaticano II (PO, 12)»⁹³.

87 Francisco, EG, 264-267.

88 Francisco, EG, 275.280

89 Francisco, EG, 268-274.

90 Francisco, EG, 281-283.

91 Francisco, EG, 261.

92 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 24.

93 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 24.

Por todo ello, las tres siguientes meditaciones tratan de promover en nosotros, los sacerdotes, evangelizadores con Espíritu en el Ministerio de la Palabra, de los Sacramentos y de Guía de la caridad; para lo cual es conveniente recordar en las celebraciones las condiciones y las exigencias, las modalidades y los frutos de la íntima relación que existe entre la vida espiritual del sacerdote y el ejercicio de su triple ministerio⁹⁴.

94 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 26.

REFLEXIONES Y PREGUNTAS

1^a. Comentemos que a conexión intrínseca entre el amor hacia Jesús y el apacentar las ovejas es el fundamento de la misión de San Pedro.

2^a. Qué es apacentarse a sí mismo al apacentar a los demás.

3^a. La caridad pastoral es el «*officium amoris*». Naturaleza, fuente y su fecundidad de la caridad pastoral.

ORACIÓN

«Madre de la Iglesia,
nosotros, los sacerdotes,
queremos ser pastores
que no se apacientan a sí mismos,
sino que se entregan a Dios por los hermanos,
encontrando en esto la felicidad.

Queremos repetir humildemente cada día
no sólo de palabra sino con la vida,
nuestro «aquí estoy».

Guiados por ti,
queremos ser Apóstoles
de la Misericordia divina,
llenos de gozo por poder celebrar diariamente
el santo sacrificio del altar
y ofrecer a todos los que nos lo pidan
el sacramento de la Reconciliación.

Abogada y Mediadora de la gracia,
tú que estás totalmente unida
a la única mediación universal de Cristo,
pide a Dios para nosotros
un corazón completamente renovado,
que ame a Dios con todas sus fuerzas
y sirva a la humanidad como tú lo hiciste.

Repite al Señor
esas eficaces palabras tuyas:
«No tienen vino» (*Jn 2, 3*),
para que el Padre y el Hijo
derramen sobre nosotros,
como una nueva efusión,
el Espíritu Santo»⁹⁵.

⁹⁵ Benedicto XVI, Acto de consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María, 12 de mayo de 2010, en: Directorio para el Ministerio y la Vida de los Sacerdotes, Roma, 11 de febrero de 2013, Introducción.

«Cuida de ti mismo y de la enseñanza.
Sé constante en estas cosas, pues
haciendo esto te salvarás a ti mismo
y a los que te escuchan» (I Tm 4, 16)

El sacerdote, ministro de la Palabra

Segunda Meditación



SEGUNDA MEDITACIÓN

2^a

«Cuida de ti mismo y de la enseñanza. Sé constante en estas cosas, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan»

(I Tm 4, 16)

El sacerdote, ministro de la Palabra

SALMO 118, 97-104

¡Cuánto amo tu voluntad!
todo el día la estoy meditando;
tu mandato me hace más sabio que mis enemigos,
siempre me acompaña;
soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.

Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus leyes;
aparto mi pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra;
no me aparto de tus mandamientos,
porque tú me has instruido.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca!
Considero tus decretos,
y odio el camino de la mentira.

INTRODUCCIÓN

Esta segunda meditación sigue el espíritu de *sit amoris officium pascere dominicum gregem*⁹⁶, sea oficio de amor el apacentar las ovejas del Señor, que se ha tratado en la primera aplicándolo al ministerio de la Palabra del sacerdote, centrándose en el comentario del texto de san Pablo a Timoteo «Cuida de ti mismo y de la enseñanza» (I Tim 4, 16). Ambos cuidados, de ti mismo y de la enseñanza, son contemplados en esta meditación. Finalmente, se considera al sacerdote como ministro de la Palabra y se identifican, respecto a cuidar de la enseñanza, pasos esenciales de la predicación de la Palabra.

EL TEXTO

«Ordena estas cosas y enséñalas. Que nadie te menosprecie por tu juventud; sé, en cambio, un modelo para los fieles en la palabra, en la conducta, el amor, la fe, la pureza. Hasta que yo llegue, centra tu atención en la lectura, la exhortación, la enseñanza. No descuides el don que hay en ti, que te fue dado por intervención profética con la imposición de las manos del presbiterio. Medita estas cosas y permanece en ellas, para que todos vean cómo progresas. Cuida de ti mismo y de la enseñanza. Sé contante en estas cosas, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen» (I Tim 4, 11-16).

⁹⁶ San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

COMENTARIO

EL CONTEXTO DEL TEXTO

La carta I Timoteo

Desde el siglo XVIII esta carta junto con la segunda a Timoteo y la dirigida a Tito son conocidas como Cartas pastorales, porque, en cuanto misivas dirigidas a los responsables de las comunidades, contienen temas propios de pastores. En este clima está situada la primera carta dirigida a Timoteo como responsable de la comunidad cristiana dándole orientaciones sobre elementos de organización comunitaria, idoneidad de los responsables, verdaderos y falsos maestros, relaciones sociales. Pero también hay mucho en ellas dirigido al propio pastor para ejercer su ministerio según el espíritu de Cristo Buen Pastor y contienen exhortaciones para el propio Timoteo en orden a que cultive su propia personalidad de pastor (Cf. I Tm 4, 6-15).

Timoteo, discípulo fiel pero frágil

Timoteo es un colaborador de toda confianza asociado por San Pablo en las dedicatorias de seis cartas (Cf. II Cor, Flp, Col, 1 y 2 Tes, Flm). Hay un gran elogio paulino sobre Timoteo: «Todos buscan su interés, no el de Jesucristo. De Timoteo, en cambio, conocéis su probada virtud, pues se puso conmigo al servicio del Evangelio como un hijo con su padre» (Flp 2, 21-22). También Timoteo se mostró un compañero fiel en los viajes misioneros de San Pablo (Cf. Hch 17, 14s; 18, 5; 19, 22; 20, 4; cf. 1Tes 3,6; Rom 16,21). La segunda carta a Timoteo nos habla de su ambiente familiar: fe sincera de su abuela Loide y de su madre Eunice (Cf. II Tim 1, 5). Según I Tim 4,12.14 y II Tim 1, 6, Pablo impuso las manos a Timoteo a pesar de su juventud. Timoteo era, pues, un discípulo fiel y colaborador del apóstol Pablo⁹⁷. Es una persona, que lleva el peso de la responsabilidad en segundo plano; pero

97 Cf. Carlos M^a Martini, El camino de Timoteo, PPC, Madrid 1995, p. 15.

tiene su lado débil: era frágil, acusaba la soledad cuando quedaba como principal responsable de la comunidad cristiana, se sentía frustrado e indeciso⁹⁸. Esta personalidad de Timoteo quizás tiene su resonancia corporal o psicósomática de los problemas comunitarios: «En adelante ya no bebas más agua sola, sino toma un poco de vino a causa del estómago y de tus frecuentes enfermedades» (I Tim 5, 23). Efectivamente, «en la II Carta a Timoteo vemos la situación de un presbítero que ha trabajado gastando sus energías por construir una comunidad ferviente, rebosante de dones de Dios, y llega un día en que se da cuenta de que la comunidad no responde a sus expectativas»⁹⁹. San Pablo le hace saber a Timoteo que el don recibido puede apagarse, perder su fuerza. Conocedor del estado de su discípulo fiel San Pablo le exhorta: «No descuides el carisma»¹⁰⁰, «Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti» (II Tim 1, 6).

2. «CUIDA DE TI MISMO Y DE LA ENSEÑANZA. SÉ CONSTANTE EN ESTAS COSAS, PUES HACIENDO ESTO TE SALVARÁS A TI MISMO Y A LOS QUE TE ESCUCHAN» (I Tm 4, 16).

«Cuida de ti mismo»

San Pablo le exhorta a Timoteo «cuida de ti mismo», «ten cuidado de ti mismo», «presta atención a ti mismo». Esta exhortación paulina también se repite a los presbíteros de Éfeso a los que llama desde Mileto: «tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear al Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (Hch 20, 28). Qué significa esta exhortación, cuál es su contenido, de qué se trata ese cuidado. Deteniéndonos en el texto de las dos cartas quizás podamos conocer qué quiere decir

⁹⁸ Cf Carlos M^a Martini, o.c., p. 15.

⁹⁹ Carlos M^a Martini, o.c., p. 18.

¹⁰⁰ Cf San Juan Pablo II, PDV 70; I Tim 4, 14-15.

San Pablo con «cuidado de ti mismo». Si distinguimos unas dimensiones en la personalidad de Timoteo podemos descubrir qué entiende San Pablo por cuidarse a ti mismo. Podemos identificar en el contexto de la primera y de la segunda carta a Timoteo el contenido del cuidado entres núcleos. Un primer núcleo del cuidado lo formaría el Don de Dios en Timoteo, un segundo núcleo del cuidado sobre sí mismo es la vivencia de ese Don y la operatividad en la personalidad presbiteral de Timoteo, y un tercer núcleo del cuidado que Timoteo debe realizar se refiere al Don en el propio ejercicio del ministerio de Timoteo.

Primer núcleo a cuidar: el Don de Dios recibido por Timoteo

San Pablo considera que el primer cuidado de Timoteo versa sobre el don recibido: «No descuides el don que hay en ti, que te fue dado por intervención profética con la imposición de manos del presbiterio» (I Tim 4, 14). La misma exhortación vuelve a recordarle a Timoteo en la segunda carta: «Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» (II Tim 1, 6). Este Don es calificado por San Pablo «promesa de vida que hay en Cristo» (II Tim 1, 1), también como «gracia de Cristo Jesús» (II Tim 2, 1) y como «Espíritu Santo que habita en nosotros» (II Tim 1, 14). Al determinar el camino por el que se le dio a Timoteo, «por la imposición de mis manos» (II Tim 1, 6) y «por la imposición de manos del Presbiterio» (I Tim 4, 14), San Pablo se está refiriendo a un Don específico, peculiar: el que recibe por la imposición de las manos de Pablo y del presbiterio. El cuidado tiene dos dimensiones generativas del crecimiento espiritual de Timoteo: «Medita estas cosas y permanece en ellas, para que todos vean cómo progresas» (I Tim 4, 15); en el fondo el Don se funda en «una fe sincera arraigada en él», por vía de su abuela Loide y su madre Eunice (Cf. II Tim 1, 6). Este Don recibido es, a su vez, configurador de toda la personalidad de Timoteo: «fortaleza, amor y templanza, parresía frente a cobardía y vergüenza» (cf II Tim 1, 7-8), es decir, es una experiencia configuradora de la personalidad sacerdotal, que es «fuerza de Dios» (II Tim 1, 8).

Segundo núcleo a cuidar: que el don sea realmente configurador y operativo en la personalidad

El cuidado del Don mira, como segundo núcleo, a su fecundidad en la persona y personalidad de Timoteo, en el dinamismo de sus estructuras personales, es decir, cómo piensa, cómo siente, cómo se motiva y como decide. El don debe ser performativo¹⁰¹, configurador, conformador, de la personalidad de Timoteo cualificando sus facultades a través de las virtudes propias del pastor. Simplemente, que el Don primeramente configure al presbítero: «conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor», exhorta la Iglesia en el rito de ordenación del sacerdote. El reavivar (cf. II Tim 1, 6) el Don es obra del propio Don con su interno dinamismo. Al ser experiencia configuradora de Timoteo y al ser reavivar el Don pide presencia en la persona del misterio, memoria renovadora en Timoteo: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David, según mi evangelio» (II Tm 2, 8). Esta memoria es factor místico reavivador del Timoteo, pues hace presente en él todo el misterio pascual («resucitado», «morimos con él», «viviremos con él», «esto es lo que has de recordar», a los oyentes y a ti mismo). Este cuidado de que el Don reavive la personalidad de Timoteo implica que sus dinamismos personales, vivencias y criterios de pensar, sentir, motivarse y decidir estén configurados por el Don.

Tercer núcleo a cuidar: que el don sea realmente configurador y operativo en el Ministerio presbital

San Pablo desea que todo el conjunto de sus pensamientos expuestos en las dos cartas sean objeto del Ministerio de Timoteo: «Ordena estas cosas y enséñalas» (I Tim 4, 11), «Ordena estas cosas para que sean irreprochables» (I Tim 5, 7), «Observes estas cosas sin prejuicios» (I Tim 5, 21), «esto es lo que tienes que enseñar y recomendar» (I Tim 6, 2), y «hasta que yo llegue, centra tu atención en la lectura, la exhortación, la enseñanza» (I Tim 4, 13). Son áreas

101 Cf. Benedicto XVI, *Spe salvi* 2, 4, 10.

que Timoteo debe cuidar relacionadas con cómo «conducirse en la Iglesia» (I Tim 2, 15): «Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio» (II Tim 4, 1-5). En cuanto a los tiempos San Pablo le dice a Timoteo: «debes saber esto: en los últimos días se presentarán tiempos difíciles, pues los hombres serán (...); tendrán la apariencia de piedad, pero habrán renegado de su fuerza. Apártate también de estos. A este grupo pertenecen (...). Lo mismo que Yannes y Yambres se opusieron a Moisés (Ex 7, 11-13), así también estos se oponen a la verdad; son hombres de mente corrompida, descalificados en lo que se refiere a la fe. Pero no irán adelante, pues su estupidez será notoria a la vista de todos, como lo fue también la de aquellos» (II Tim 3, 1-9).

«Pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen»

Este texto es un verdadero camino para Timoteo: haciendo esto se salvas, te santificas, no sólo a los que te escuchen sino a ti mismo. El «esto» es el contenido a enseñar, pero es a la vez la vivencia de ese contenido la propia santificación del sacerdote. Pablo subraya la relación íntima entre la vida espiritual de Timoteo y el ejercicio de su Ministerio. Las mismas acciones sagradas de cada día de su discípulo Timoteo le ordenan a la perfección de la vida. Porque el misterio del que es dispensador Timoteo es su fuente de santidad y llamada a la santificación, porque el misterio requiere ser vivido, «considera lo que realizas» es la recomendación en el rito de ordenación¹⁰². Si esto es así: «En este sentido, en

102 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 24.

el ejercicio del ministerio está profundamente comprometida la persona consciente, libre y responsable del sacerdote. Su relación con Jesucristo, asegurada por la consagración y configuración del sacramento del Orden, instauro y exige en el sacerdote una posterior relación que procede de la intención, es decir, de la voluntad consciente y libre de hacer, mediante los gestos ministeriales, lo que quiere hacer la Iglesia. Semejante relación tiende, por su propia naturaleza, a hacerse lo más profunda posible, implicando la mente, los sentimientos, la vida, o sea, una serie de «disposiciones» morales y espirituales correspondientes a los gestos ministeriales que el sacerdote realiza»¹⁰³.

3. «EL SACERDOTE ES, ANTE TODO, MINISTRO DE LA PALABRA DE DIOS»¹⁰⁴

A la luz de este texto en el que san Pablo le exhorta con decisión a Timoteo que «Ordena estas cosas y enséñalas» (I Tim 4, 11) y «Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina» (II Tim 4, 1-2), nuestra meditación puede terminar considerando al sacerdote como Ministro de la Palabra, siendo éste el primer ámbito de las palabras de Jesús a san Pedro: «apacienta mis ovejas» (Jn 21, 17).

3.1. Ungido para proclamar el Evangelio

«Los presbíteros, como cooperadores de los Obispos, tienen como primer cometido predicar el Evangelio de Dios a todos; para (...) constituir e incrementar el Pueblo de Dios»¹⁰⁵. En la ordenación del diácono hay un texto que da las claves de la espiritualidad del Ministro de la Palabra: «El Obispo entrega a cada uno de los

¹⁰³ San Juan Pablo II, PDV, 25.

¹⁰⁴ San Juan Pablo II, PDV, 26.

¹⁰⁵ Presbyterorum ordinis, 4.

diáconos ordenados el libro de los Evangelios, diciendo: Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; esmérate en creer lo que lees, enseñar lo que crees y vivir lo que enseñas»¹⁰⁶. Es muy saludable meditar estas palabras, su cadena ordenada, y de ellas sacar la espiritualidad del Ministro de la Palabra, las actitudes, las vivencias y las conductas, fundadas en el ser recibido sacramentalmente. En las palabras de la ordenación aparece que la predicación de la Palabra no es la mera transmisión intelectual de un mensaje: «Es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión cada vez más profundas del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo»¹⁰⁷. Su servicio es un Ministerio del Espíritu que el sacerdote ejerce en nombre de Cristo¹⁰⁸, porque su misión «está bajo el signo del Espíritu, bajo su influjo santificador»¹⁰⁹. En esas palabras de la ordenación se pone en evidencia «la relación íntima entre la vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio»¹¹⁰. Ciertamente, «todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio»¹¹¹, pero el sacerdote lo hace en cuanto imagen viva de Cristo Cabeza y Pastor, Siervo y Esposo¹¹². Es una especificidad definida a partir de la propia consagración¹¹³.

«Esta primacía de la gracia debe ser un faro que alumbré permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización»¹¹⁴. En el ejercicio del Ministerio forman una unidad el Espíritu y el instrumento vivo, el sacerdote: «Lidia, natural de Tiatira, vendedora de púrpura, que adoraba al verdadero Dios, estaba

106 Ritual de Ordenación de diácono, n. 210.

107 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 26.

108 Congregación para el Clero, El Presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer milenio cristiano, Capítulo II, n. 1.

109 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 24.

110 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 24.

111 Francisco, EG, 111-121.

112 Cf. San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 21-22.

113 Cf. PO, 2; 12; PDV, 20.

114 Francisco, EG, 212.

escuchando: y el Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (Hch 16, 14). Esta convicción de que se trata de un Ministerio del Espíritu en el que el sacerdote es «una imagen viva y trasparente de Cristo sacerdote»¹¹⁵, «instrumento vivo»¹¹⁶, ha sido traducida y desarrollada a lo largo de los siglos: «El predicador puede proclamar los consejos de salvación a los oídos de quienes le rodean; pero solamente Dios es capaz de infundir el sabor del amor en el paladar del corazón»¹¹⁷. «Si el Espíritu no enseña en el interior, es inútil todo lo que intenta hacer desde fuera la lengua del maestro»¹¹⁸. Hay un maestro exterior necesario, pero «el verdadero Maestro habla desde dentro»¹¹⁹.

3.2. Cooperar a abrir los corazones a Cristo

Qué esperan encontrar los cristianos en el sacerdote. Al servicio del sacerdocio universal como misterio, comunión y misión de los fieles

Es muy fructuoso que el presbítero medite la finalidad del Ministerio de la palabra: «Los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoja, que los escuche con gusto y les muestre una sincera amistad, sino también y sobre todo un *hombre que les ayude a mirar a Dios, a subir hacia Él*»¹²⁰. El Ministerio de la Palabra está al servicio del acompañamiento comunitario y personal de los procesos de crecimiento de los discípulos de Jesús. «Al servicio de este sacerdocio universal de la nueva Alianza, Jesús llamó consigo, durante su misión terrena, a algunos discípulos (cf. Lc 10, 1-12) y con una autoridad y un mandato específicos llamó y constituyó a los Doce para que «estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de ex-

115 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 12.

116 PO, 12; PDV, 25.

117 San Bernardo, Sermón 95, 2.

118 San Jerónimo, In Evang., Hom. 30, 3: PL 76, 1222.

119 San Agustín, Sermón 134, 1,1; cf. San Beda El Venerable, Homilía 21.

120 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 47; Cf. Francisco, EG, 137-138.

pulsar los demonios» (Mc 3, 14-15)»¹²¹. «A su vez, los apóstoles instituidos por el Señor llevarán a cabo su misión llamando, de diversas formas pero todas convergentes, a otros hombres, como Obispos, presbíteros y diáconos, para cumplir el mandato de Jesús resucitado, que los ha enviado a todos los hombres de todos los tiempos»¹²².

«La relación del sacerdocio con Jesucristo, y en Él con su Iglesia, —en virtud de la unción sacramental— se sitúa en el ser y en el obrar del sacerdote, o sea, en su misión o ministerio. En particular, «el sacerdote ministro es servidor de Cristo, presente en la *Iglesia misterio, comunión y misión*. Por el hecho de participar en la «unción» y en la «misión» de Cristo, puede prolongar en la Iglesia su oración, su palabra, su sacrificio, su acción salvífica. Y así es *servidor de la Iglesia misterio* porque realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado. Es *servidor de la Iglesia comunión* porque —unido al Obispo y en estrecha relación con el presbiterio— construye la unidad de la comunidad eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios. Por último, es *servidor de la Iglesia misión* porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio»»¹²³.

La hermosísima y difícil misión de aunar los corazones que se aman, el del Señor y los de su pueblo

El sacerdote colabora a abrir el corazón de nuestros contemporáneos a la experiencia de Dios en Cristo con palabras que puedan hacer arder el corazón¹²⁴; la predicación del presbítero está en el marco de un encuentro «que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos»¹²⁵. Las palabras del sacerdote, pues, tienen «la

121 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 14; cf. 13.

122 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 15.

123 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 16.

124 Cf. Francisco, EG, 142-144.

125 Francisco, EG, 132.

hermosísima y difícil misión de aunar los corazones que se aman, el del Señor y los de su pueblo», de favorecer el diálogo entre la persona y Dios, son mediadoras de «evangelizar la síntesis» entre Dios y cada persona¹²⁶. «La dura pero hermosa tarea del que predica el evangelio» es promover «desde la identidad cristiana, que es ese abrazo bautismal que nos de pequeños el Padre, que nos hace anhelar otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera en la gloria» y «hacer que nuestro pueblo se sienta como en medio de estos dos abrazos»¹²⁷. La labor del sacerdote tiende a «que la Palabra de Cristo penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: «la mente de Cristo» (1 Cor 2, 16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio»¹²⁸: «para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación»¹²⁹.

3.3. ¿Qué exige este Ministerio de la Palabra al presbítero?

«Este servicio exige la entrega personal del ministro a la Palabra predicada, una entrega que en último término mira a Dios mismo, «al Dios, a quien sirvo con todo mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo» (Rom 1, 9)»¹³⁰. Esta exigencia de entrega personal a la Palabra predicada puede desglosarse provisionalmente en tres reflexiones.

126 Cf. Francisco, EG, 143.

127 Francisco, EG, 144.

128 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 26.

129 San Pablo VI, EN, 19.

130 Congregación para el Clero, El Presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer milenio cristiano, Capítulo II, n. 1.

La preparación de la predicación. Qué es preparación de la predicación y su motivo

Del diálogo de Jesús con San Pedro (cf. Jn 21, 15-19) hemos deducido que el Ministerio es un «*amoris officium*»¹³¹, que se despliega en apacentar las ovejas de Cristo; dentro del apacentar abordamos el ministerio de la palabra como *amoris officium*. En esa dinámica de amor y como exigencia de ese amor se encuadra el consejo de San Pablo a Timoteo: «cuida de ti mismo y de la enseñanza» (I Tim 4, 16). Cuidar la enseñanza se ha traducido en preparar la predicación de la enseñanza. Actualmente se dispone de tres fuentes últimas sobre la preparación de la predicación: San Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 42-23, papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 145-59 y Directorio homilético, 26-36. Aquí sólo se van a indicar las líneas marco de lo que estas fuentes indican sobre la preparación de la predicación, que las agrupamos en cuatro núcleos: un primer núcleo de la preparación es invocar al Espíritu Santo; el segundo núcleo es meditar, la *lectio divina* o la lectura espiritual de la Palabra; un tercer núcleo mira a los destinatarios de la predicación, «un oído en el pueblo»; y, finalmente, un cuarto núcleo de cualificar la predicación desde esa vivencia usando algunos recursos elementales pedagógicos.

1º. Núcleo primero de la preparación de la predicación: invocación al Espíritu Santo

El primer paso dentro de este núcleo es invocar al Espíritu Santo¹³², sabiendo que el Ministerio presbiteral es un Ministerio del Espíritu en el que se integran la obra del sacerdote de ser un instrumento al servicio de la obra del Espíritu, que es el que abre el corazón para aceptar lo que se predica (Cf. Hch 16, 14). Confiamos en el Espíritu Santo que actúa en la predicación¹³³: «Renovemos nuestra confianza en la predicación, que se funda

131 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

132 Cf. Francisco, EG, 146.

133 Francisco, EG, 136.

en la convicción de que es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que Él despliega su poder a través de la palabra humana. San Pablo habla con fuerza sobre la necesidad de predicar, porque el Señor ha querido llegar a los demás también mediante nuestra palabra (cf. *Rm* 10,14-17). Con la palabra, nuestro Señor se ganó el corazón de la gente. Venían a escucharlo de todas partes (cf. *Mc* 1,45). Se quedaban maravillados bebiendo sus enseñanzas (cf. *Mc* 6,2). Sentían que les hablaba como quien tiene autoridad (cf. *Mc* 1,27). Con la palabra, los Apóstoles, a los que instituyó «para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar» (*Mc* 3,14), atrajeron al seno de la Iglesia a todos los pueblos (cf. *Mc* 16,15.20)»¹³⁴.

2º. Núcleo segundo de la preparación de la predicación: meditar la Palabra que se predica

Este segundo núcleo es una unidad de varias dimensiones tales como meditar, orar, comprender, aceptar y vivir la Palabra que se predica.

Actitud humilde y asombrada ante la Palabra

«El primer paso, después de invocar al Espíritu Santo, es prestar toda la atención al texto bíblico, que debe ser el fundamento de la predicación. Cuando uno se detiene a tratar de comprender cuál es el mensaje de un texto, ejercita el «culto a la verdad». Es la humildad del corazón que reconoce que la Palabra siempre nos trasciende, que no somos «ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los heraldos, los servidores»¹³⁵. Esa actitud de humilde y asombrada veneración de la Palabra se expresa deteniéndose a estudiarla con sumo cuidado, con paciencia, abandonar toda ansiedad, cualquier otra preocupación y darle tiempo, interés y dedicación *gratuita*¹³⁶. «El conocimiento amoroso y la familiaridad

134 Francisco, EG, 145.

135 Francisco, EG, 146.

136 Cf. Francisco, EG, 146.

orante con la Palabra de Dios revisten un significado específico en el ministerio profético del sacerdote, para cuyo cumplimiento adecuado son una condición imprescindible, principalmente en el contexto de la «nueva evangelización», a la que hoy la Iglesia está llamada»¹³⁷.

Comprender adecuadamente el mensaje principal

«Ante todo conviene estar seguros de comprender adecuadamente el significado de las *palabras* que leemos. (...). Pero la tarea no apunta a entender todos los pequeños detalles de un texto, lo más importante es descubrir cuál es el mensaje *principal*, el que estructura el texto y le da unidad. Si el predicador no realiza este esfuerzo, es posible que su predicación tampoco tenga unidad ni orden; su discurso será sólo una suma de diversas ideas desarticuladas que no terminarán de movilizar a los demás. El mensaje central es aquello que el autor en primer lugar ha querido transmitir, lo cual implica no sólo reconocer una idea, sino también el efecto que ese autor ha querido producir»¹³⁸. «Es verdad que, para entender adecuadamente el sentido del mensaje central de un texto, es necesario ponerlo en conexión con la enseñanza de toda la Biblia, transmitida por la Iglesia. Éste es un principio importante de la interpretación bíblica, que tiene en cuenta que el Espíritu Santo no inspiró sólo una parte, sino la Biblia entera, y que en algunas cuestiones el pueblo ha crecido en su comprensión de la voluntad de Dios a partir de la experiencia vivida. Así se evitan interpretaciones equivocadas o parciales, que nieguen otras enseñanzas de las mismas Escrituras. (...) Uno de los defectos de una predicación tediosa e ineficaz es precisamente no poder transmitir la fuerza propia del texto que se ha proclamado»¹³⁹.

137 San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 47.

138 Francisco, EG, 147.

139 Francisco, EG, 148.

La personalización de la Palabra

Decía San Agustín: «sit orator, antequam dictor»¹⁴⁰, sea un orante antes que un hablante, la oración antes que la predicación: «Ciertamente este nuestro orador, cuando habla cosas justas, santas y buenas, y no debe hablar otras, ejecuta al decir las cuanto puede para que se le oiga con inteligencia, con gusto y con docilidad. Pero no dude que si lo puede, y en la medida que lo puede, más lo podrá por el fervor de sus oraciones que por habilidad de la oratoria. Por tanto, orando por sí y por aquellos a quienes ha de hablar, sea antes varón de oración que de peroración. Cuando ya se acerque la hora de hablar, antes de soltar la lengua una palabra, eleve a Dios su alma sedienta para derramar lo que bebió y exhalar de lo que se llenó».

El predicador «debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva». (...). Si está vivo este deseo de escuchar primero nosotros la Palabra que tenemos que predicar, ésta se transmitirá de una manera u otra al Pueblo fiel de Dios: «de la abundancia del corazón habla la boca» (*Mt 12,34*)»¹⁴¹. «Por todo esto, antes de preparar concretamente lo que uno va a decir en la predicación, primero tiene que aceptar ser herido por esa Palabra que herirá a los demás, porque es una Palabra *viva y eficaz*, que como una espada, «penetra hasta la división del alma y el espíritu, articulaciones y médulas, y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (*Hb 4,12*). Esto tiene un valor pastoral»¹⁴².

140 San Agustín, *De doct. Christ.*, 4, 15, 32: PL 34, 100.

141 Francisco, EG, 150.

142 Francisco, EG, 149.

Forma concreta de la personalización de la Palabra: su lectura espiritual, la meditación cristiana o Lectio divina

«Hay una forma concreta de escuchar lo que el Señor nos quiere decir en su Palabra y de dejarnos transformar por el Espíritu. Es lo que llamamos *«lectio divina»*. Consiste en la lectura de la Palabra de Dios en un momento de oración para permitirle que nos ilumine y nos renueve. Esta lectura orante de la Biblia no está separada del estudio que realiza el predicador para descubrir el mensaje central del texto; al contrario, debe partir de allí, para tratar de descubrir qué le dice *ese mismo mensaje* a la propia vida. La lectura espiritual de un texto debe partir de su sentido literal. De otra manera, uno fácilmente le hará decir a ese texto lo que le conviene, lo que le sirva para confirmar sus propias decisiones, lo que se adapta a sus propios esquemas mentales»¹⁴³.

«En la presencia de Dios, en una lectura reposada del texto, es bueno preguntar, por ejemplo: «Señor, ¿qué me dice *a mí* este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?», o bien: «¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?». Cuando uno intenta escuchar al Señor, suele haber tentaciones. Una de ellas es simplemente sentirse molesto o abrumado y cerrarse; otra tentación muy común es comenzar a pensar lo que el texto dice a otros, para evitar aplicarlo a la propia vida. También sucede que uno comienza a buscar excusas que le permitan diluir el mensaje específico de un texto. Otras veces pensamos que Dios nos exige una decisión demasiado grande, que no estamos todavía en condiciones de tomar. Esto lleva a muchas personas a perder el gozo en su encuentro con la Palabra, pero sería olvidar que nadie es más paciente que el Padre Dios, que nadie comprende y espera como Él. Invita siempre a dar un paso más, pero no exige una respuesta plena si todavía no hemos recorrido el camino que la hace posible. Simplemente quiere que miremos con sinceridad la propia existencia y la presentemos sin mentiras

143 Francisco, EG, 152.

ante sus ojos, que estemos dispuestos a seguir creciendo, y que le pidamos a Él lo que todavía no podemos lograr»¹⁴⁴.

3º. Núcleo tercero de la preparación de la predicación: un oído en el Pueblo

«El predicador necesita también poner un oído *en el pueblo*, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo. De esa manera, descubre «las aspiraciones, las riquezas y los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo, que distinguen a tal o cual conjunto humano», prestando atención «al pueblo *concreto* con sus signos y símbolos, y respondiendo a las cuestiones que plantea». Se trata de conectar el mensaje del texto bíblico con una situación humana, con algo que ellos viven, con una experiencia que necesite la luz de la Palabra. Esta preocupación no responde a una actitud oportunista o diplomática, sino que es profundamente religiosa y pastoral. En el fondo es una «sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios» y esto es mucho más que encontrar algo interesante para decir. Lo que se procura descubrir es «*lo que el Señor desea decir* en una determinada circunstancia». Entonces, la preparación de la predicación se convierte en un ejercicio de *discernimiento evangélico*, donde se intenta reconocer -a la luz del Espíritu- «una llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada; en ella y por medio de ella Dios llama al creyente»¹⁴⁵.

4º. Núcleo cuarto de la preparación de la predicación: elementales recursos pedagógicos

«Algunos creen que pueden ser buenos predicadores por saber lo que tienen que decir, pero descuidan el *cómo*, la forma concreta de desarrollar una predicación. Se quejan cuando los demás no los escuchan o no los valoran, pero quizás no se han empeñado

144 Francisco, EG, 153.

145 Francisco, EG, 154.

en buscar la forma adecuada de presentar el mensaje. Recordemos que «la evidente importancia del contenido no debe hacer olvidar la importancia de los métodos y medios de la evangelización». La preocupación por la forma de predicar también es una actitud profundamente espiritual. Es responder al amor de Dios, entregándonos con todas nuestras capacidades y nuestra creatividad a la misión que Él nos confía; pero también es un ejercicio exquisito de amor al prójimo, porque no queremos ofrecer a los demás algo de escasa calidad: «Resume tu discurso. Di mucho en pocas palabras» (*Si 32,8*)¹⁴⁶.

Recordemos tres recursos prácticos: «usar imágenes en la predicación, es decir, a hablar con imágenes»¹⁴⁷, «predicación sencilla, clara, directa, acomodada»¹⁴⁸ y «el lenguaje positivo. No dice tanto lo que no hay que hacer sino que propone lo que podemos hacer mejor»¹⁴⁹. Sin embargo, para otras técnicas y recursos pedagógicos es preciso recordar que «no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo. (...) Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin El. Sin El, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin El, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor»¹⁵⁰. El gran recurso de la evangelización es el testimonio de vida: «para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio»¹⁵¹.

146 Francisco, EG, 156.

147 Francisco, EG, 157.

148 Francisco, EG, 158.

149 Francisco, EG, 159.

150 San Pablo VI, EN, 75.

151 San Pablo VI, EN, 41.

REFLEXIONES Y PREGUNTAS

1^a. Poner en común los tres núcleos del cuidado de sí mismo, según San Pablo a Timoteo: el Don de Dios recibido como configurador y operativo en la personalidad y en el Ministerio presbiteral.

2^a. Comentar qué esperan los fieles del sacerdote.

3^a. Comentar los cuatro núcleos de la preparación de la predicación.

ORACIÓN

«Oh Dios, tú que concediste a San Jerónimo una estima tierna y viva por la Sagrada Escritura, haz que tu pueblo se alimente de tu palabra con mayor abundancia y encuentre en ella la fuente de la verdadera vida. Por nuestro Señor Jesucristo»¹⁵².

152 Oración colecta de la misa de San Jerónimo, 30 de septiembre.

«Que la gente solo vea en nosotros
servidores de Cristo y administradores
de los misterios de Dios» (I Cor 4, 1)

El sacerdote, Ministro de los sacramentos

Tercera Meditación



TERCERA MEDITACIÓN

3^a

«Que la gente solo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (I Cor 4, 1)

El sacerdote, Ministro de los sacramentos

ORACIÓN

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, | que nos ha bendecido en Cristo | con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo | para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, | según el beneplácito de su voluntad, | a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, | que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. En él, por su sangre, tenemos la redención, | el perdón de los pecados, | conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia | ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, | en la plenitud de los tiempos: | recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra.

En él hemos heredado también | los que ya estábamos destinados por decisión | del que lo hace todo según su voluntad, para que seamos alabanza de su gloria | quienes antes esperábamos en el Mesías. En él también vosotros, | después de haber escuchado la palabra de la verdad | —el evangelio de vuestra salvación—, | creyendo en él | habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido. Él es la prenda de nuestra herencia, | mientras llega la redención del pueblo de su propiedad, | para alabanza de su gloria (Ef 1, 3-14).

INTRODUCCIÓN

Esta tercera meditación contempla el texto paulino «que la gente solo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (I Cor 4, 1) como una invitación a comprender la relación íntima entre el ejercicio ministerial y la vida espiritual¹⁵³: «*«Conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor»*. Ésta es la invitación, la exhortación que la Iglesia hace al presbítero en el rito de la ordenación, cuando se le entrega las ofrendas del pueblo santo para el sacrificio eucarístico. El «misterio», cuyo «dispensador» es el presbítero (cf. *1 Cor 4,1*), es, en definitiva, Jesucristo mismo, que en el Espíritu Santo es fuente de santidad y llamada a la santificación. El «misterio» requiere ser vivido por el presbítero. Por esto exige gran vigilancia y viva conciencia. Y así, el rito de la ordenación antepone a esas palabras la recomendación: «Considera lo que realizas». Ya exhortaba Pablo al obispo Timoteo: «No descuides el carisma que hay en ti» (*1 Tim 4, 14; cf. 2 Tim 1, 6*)¹⁵⁴. Pedimos al Espíritu Santo comprender nosotros el misterio del que somos portadores: «ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a

153 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 24-26.

154 San Juan Pablo II, PDV, 24.

la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo» (Ef 1, 18-20).

EL TEXTO

«Que la gente solo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora, lo que se busca en los administradores es que sean fieles. Para mí lo de menos es que me pidáis cuentas vosotros o un tribunal humano; ni siquiera yo me pido cuentas. La conciencia, es verdad, no me remuerde; pero tampoco por eso quedo absuelto: mi juez es el Señor. Así, pues, no juzguéis antes de tiempo, dejad que venga el Señor. Él iluminará lo que esconden las tinieblas y pondrá al descubierto los designios del corazón; entonces cada uno recibirá de Dios lo que merece. Hermanos, he aplicado lo anterior a Apolo y a mí por causa vuestra, para que con nuestro caso aprendáis a jugar limpio y no os engriáis el uno contra el otro» (I Cor 4, 1-6).

COMENTARIO

1. EL CONTEXTO DEL TEXTO I CORINTIOS 4, 1-6

La ciudad de Corinto

La Corinto romana del siglo I d. C. era un ciudad populosa, comercial y cosmopolita. La ciudad estaba compuesta por aquel entonces por gentes de diferente procedencia. El ambiente cultural de la ciudad estaba dominado por la elocuencia retórica y

por las ideas filosóficas populares de matriz cínica y estoica¹⁵⁵. Se trata de un renacimiento de la Retórica, de una admiración por la palabra elocuente y, por ello, el tipo de cultivo intelectual es estudiar y sistematizar los procedimientos y las técnicas de utilización del lenguaje, siempre puestas esas técnicas *al servicio de la persuasión sin fundamento*. La actitud de la segunda sofística, más radical que la primera, maneja como procesos de su pensar: criticar todo y reducirlo a convencionalismos, relativismo ante la verdad, escepticismo respecto a la capacidad de la razón de conocer y una excesiva confianza en el valor de la retórica y la educación. Religiosamente era una ciudad en la que había culto a muchos dioses (cf I Cor 8, 5).

La comunidad cristiana de Corinto

La comunidad cristiana de la Corinto se considera fundada por San Pablo en torno a los años 51-52 (cf. Hch 18, 1-18); él estableció los fundamentos de la Iglesia en Corinto. Como miembros de esta comunidad aparecen algunos nombres; Pablo fue acogido por Prisca y Áquila (cf. I Cor 16, 19; Rom 16, 3-5; Hch 18, 2), judíos que compartían su mismo oficio de tejedores de lona; son miembros de la comunidad también Estéfanos (I Cor 1, 16; 16, 15), Fortunato y Acaico (I Cor 16, 17), y también Gayo, quien hospedó a Pablo (cf. I Cor 1, 14; Rom 16, 23); debemos considerar que en la comunidad cristiana de Corinto estaba compuesta, con diverso grado de pertenencia, había otras personas, cuyos nombres no aparecen: hombres y mujeres que estaban casados, vírgenes y viudas (cf I Cor 7, 1-40; 11, 2-16; 14, 34s), niños (cf. 7, 14) y esclavos (cf 7, 21).

La intención de la carta

San Pablo debió escribir esta carta en torno a la primavera del año 54 d. C. desde Éfeso (cf. I Cor 16, 8). Y la escribe al tener conocimiento del ambiente de la comunidad a través de los de

155 Cf. Álvaro Pereira Delgado, Primera carta a los Corintios, BAC, Madrid 2017, p. XXX.

Cloe (cf I Cor 1, 11-12; 5, 1; 11, 18; 15, 12) y a través de Estéfanos, Fortunato y Acaico (cf I Cor 16, 17). San Pablo afrontó este humus cultural de Corinto reflejado también en algunos cristianos conversos. San Pablo se entera de las divisiones y bandos en la comunidad reflejados también en la celebración de la Eucaristía, de ciertas conductas inmorales y la cuestión de la resurrección de los muertos. Mas, en el fondo, San Pablo les propone la comunión entre los cristianos: esas conductas de divisiones deben llevarles a los nuevos criterios de juicio, a la mente de Cristo (I Cor 2, 16). Tales reuniones eucarísticas contradecían el sentido de la misma fracción del pan, según San Pablo, porque ellos realizaban lo contrario que conmemoraban: «en la última cena el Señor entregó su cuerpo, ellos en cambio eran incapaces ni de esperarse a cenar»¹⁵⁶. El motivo que funda la corrección sobre esas conductas incoherentes con la Eucaristía lo explicita San Pablo con el texto: «por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (I Cor 11, 26). Proclamáis y anunciáis «la muerte del Señor» es el hondo sentido que pide coherencia con lo que se celebra.

El contexto del texto I Cor 4, 1-5

San Pablo afirma al principio de la carta que los juicios que hacían sobre sus ministros eran carnales, no espirituales, y que esto creaba la división en la comunidad, por ello, los invitó a tener la mente de Cristo manifestada en Cristo crucificado, de donde se sacan los criterios sobre la verdadera sabiduría de las personas, incluidas la de las personas de los presbíteros (cf. I Cor 1, 10-2, 16): «tampoco yo, hermanos, pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Por eso, en vez de alimentos sólido, os di a beber leche, pues todavía no estabais para más. Aunque tampoco lo estáis ahora, pues seguís siendo carnales. En efecto, mientras haya entre vosotros envidias y contiendas, ¿no es que seguís siendo carnales y que nos comportáis al modo humano? Pues si uno dice «yo soy de Pablo» y otro, «yo

¹⁵⁶ Cf. Álvaro Pereira Delgado, o.c., p. XXX.

de apolo», ¿no os comportáis al modo humano?» (I Cor 3, 1-4). Después de estos dos capítulos San Pablo vuelve al tema de modo positivo, pero redefiniendo la identidad de los presbíteros en orden a la consideración en la que deben ser tenidos por los fieles (cf. 3, 1-23). Nuestro texto, I Cor 4, 1-5, sigue a estos versículos, que sirven para definir positivamente a los pastores y en los que se recurre a la fidelidad a la hora de juzgar a los pastores, pero que en el fondo tal juicio pertenece exclusivamente a Dios.

2. «QUE LA GENTE SOLO VEA EN NOSOTROS SERVIDORES DE CRISTO Y ADMINISTRADORES DE LOS MISTERIOS DE DIOS» (I Cor 4, 1)

¿Cuál es la función del pasaje? No deben juzgar desde su pretendida sabiduría espiritual

San Pablo dice «que la gente» (4, 1), es decir, cualquier persona «solo vea», considere y entienda a los pastores como «servidores de Cristo» y «administradores de los misterios de Dios». «El pasaje, así pues, parte del «hombre» en general, pasa el «yo» de Pablo en particular, y desemboca en el «vosotros» de los corintios que deben reconocer que sus juicios son prematuros y que la alabanza atañe solo a Dios. Nótese que el caso de Pablo sirve de transición para la exhortación a los corintios»¹⁵⁷. «¿Cuál es la función del pasaje? (...). Pablo estaba corrigiendo en 2, 13-16 alusivamente a aquellos que, en virtud de su pretendida sabiduría y de su carácter espiritual, se atribuían la prerrogativa de «examinar» (cf. 2, 14. 15bis; 4, 3bis. 4) (...). La función del pasaje radica, pues, en la amonestación de los corintios, no en la defensa del apóstol. Algunos estudiosos, en cambio, han partido del aparente juicio al que los corintios someterían a Pablo (4, 39). (...). Así, pues, la función del pasaje no estriba en que Pablo sea juzgado – como se aclara en 4, 6-, sino en que los corintios se creen capacitados para juzgar. Él ya dijo alusivamente en 2, 14s que solo el espiritual podía juzgar a las personas espiri-

¹⁵⁷ Cf. Álvaro Pereira Delgado, o.c., p. 84.

tuales. Pero los corintios se han mostrado muy carnales en virtud de sus divisiones (3, 14). Por tanto, todavía no tienen la capacidad de examinar (anakrinein). En 4, 15, Pablo aplica a los corintios el razonamiento. No solo no tienen dicha capacidad, sino que, incluso si la poseyeran, el examen de fidelidad del ministro sería reprobable, pues sólo incumbe a Dios. Los corintios no deberían juzgar nada antes de la venida del Señor (4,5). Así pues, el nudo del texto no consiste en la oposición corintios versus Pablo, sino en la evaluación humana provisional versus la evaluación divina definitiva»¹⁵⁸ de los pastores y presbíteros.

San Pablo define la identidad de los presbíteros: «servidores de Cristo» y «administradores de los misterios de Dios»

En ese contexto y función del pasaje San Pablo define la identidad de los ministros como «servidores de Cristo» y como «administradores de los misterios de Dios»: «San Pablo formuló la esencia del ministerio apostólico y sacerdotal de forma muy clara. Frente a las disputas, que había en la Iglesia de Corinto entre corrientes distintas que se referían a Apóstoles distintos, pregunta: Pero ¿qué es un Apóstol? ¿Qué es Apolo? ¿Qué es Pablo? Son servidores; cada uno como el Señor se lo ha concedido (cfr *1 Cor 3, 5*). «Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, todo lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles» (*1 Cor 4, 1s*). En Jerusalén, en la última semana de su vida, Jesús mismo habló en dos parábolas de aquellos siervos a los cuales el Señor confía sus bienes en el tiempo del mundo, y reveló tres características del servicio de modo justo, en las que se concreta también la imagen del ministerio sacerdotal»¹⁵⁹: fidelidad, fe y creatividad fiel.

A nosotros nos interesa ahondar en esta identidad manifestada por san Pablo. «Servidores de Cristo» el término indica que realiza una misión subordinada frente a Cristo, que ostenta el papel

158 Cf. Álvaro Pereira Delgado, o.c., pp. 84-85.

159 Benedicto XVI, Homilía, 12 de septiembre de 2012.

principal¹⁶⁰; indica la humildad que comporta. En cambio, «administradores de los misterios de Dios» indicaría que es responsable de «los misterios de Dios, es decir, del evangelio, que tiene como núcleo el anuncio del Mesías crucificado (2, 1) y que es una sabiduría escondida durante siglos y revelada por el Espíritu para la gloria de los fieles (2, 7)»¹⁶¹. El administrador es el que tiene el puesto de otro; con estos calificativos se evita toda presunción de actuar en nombre propio o buscar el prestigio personal¹⁶². Todo eso lo ejemplifica Jesús con las parábolas de los siervos vigilantes (Lc 12,35-40) y del administrador fiel y prudente (Lc 12,42-48). Tanto la palabra «siervo» (*doulos*, en griego) como «administrador» (*oikonomos*), son términos que en la Iglesia primitiva designan a aquellos que han de poner especial empeño en el cuidado de los demás hermanos en la fe. Así, por ejemplo, San Pablo mismo se presenta como «Pablo, siervo de Jesucristo» al inicio de la carta a los Romanos (Rm 1,1), al que le gustaría ser considerado por los fieles como «administrador de los misterios de Dios» (1 Co 4,1), y, en continuidad con lo que Jesús había enseñado en esta parábola, señala que «lo que se busca en los administradores es que sean fieles» (1Co 4,2).

«Los misterios de Dios»

«Los misterios de Dios» es el propio misterio de Cristo que es el misterio de Dios, es decir, «misterio» es el plan de salvación manifestado mediante la predicación apostólica (Cf. Ef 1, 3-23; Rom 16, 25-26). «Predicar a Cristo significa revelar el misterio, y revelándolo, cumplirlo, ejecutar el plan divino»¹⁶³. El misterio de Dios es Sabiduría y fuerza de Dios, es la sabiduría de Dios en Cristo (Cf. I Cor 2, 18-31): «Hay también un concepto especial, que es típico de las cartas a Colosenses y a Efesios, y es el concepto de «misterio». Una vez se habla del «misterio de la voluntad» de

160 Cf. Álvaro Pereira Delgado, o.c., pp. 84-85.

161 Cf. Álvaro Pereira Delgado, o.c., p. 87.

162 Cf. Jean Galot, Sacerdote en nombre de Cristo, Didaskalos, Madrid 2020, p. 166.

163 Jean Galot, o.c., pp. 166-167.

Dios (*Ef 1, 9*) y otras veces del «misterio de Cristo» (*Ef 3, 4; Col 4, 3*) o incluso del «misterio de Dios, que es Cristo, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (*Col 2, 2-3*). Hace referencia al inescrutable designio divino sobre la suerte del hombre, de los pueblos y del mundo. Con este lenguaje las dos Cartas nos dicen que es en Cristo donde se encuentra el cumplimiento de este misterio. Si estamos con Cristo, aunque no podamos comprender intelectualmente todo, sabemos que estamos en el núcleo del «misterio» y en el camino de la verdad. Él está en su totalidad, y no sólo un aspecto de su persona o un momento de su existencia, el que reúne en sí la plenitud del insondable plan divino de la salvación. En él toma forma la que se llama «multiforme sabiduría de Dios» (*Ef 3, 10*), ya que en él «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (*Col 2, 9*). De ahora en adelante, por tanto, no es posible pensar y adorar el beneplácito de Dios, su disposición soberana, sin confrontarnos personalmente con Cristo en persona, en quien el «misterio» se encarna y puede ser percibido tangiblemente. Se llega así a contemplar la «inescrutable riqueza de Cristo» (*Ef 3, 8*), que está más allá de toda comprensión humana»¹⁶⁴.

«Ahora, lo que se busca en los administradores es que sean fieles» (I Cor 4, 2)

«La primera característica, que el Señor requiere del siervo, es la fidelidad. Se le ha confiado un gran bien, que no le pertenece. La Iglesia no es nuestra Iglesia, sino su Iglesia, la Iglesia de Dios. El siervo debe dar cuenta de cómo ha gestionado el bien que se le ha confiado. No vinculamos a los hombres a nosotros; no buscamos poder, prestigio, estima para nosotros mismos. Conducimos a los hombres hacia Jesucristo y así hacia el Dios vivo. Con ello le introducimos en la verdad y en la libertad, que deriva de la verdad. La fidelidad es altruismo, y precisamente así es liberadora para el propio ministro y para cuantos se le han confiado. Sabemos que las cosas en la sociedad civil, y no pocas veces en la Iglesia

164 Benedicto XVI, Audiencia general, 14 de enero de 2009.

sufren por el hecho de que muchos de aquellos a quienes se les ha conferido una responsabilidad, trabajan para sí mismos y no para la comunidad, para el bien común. El Señor traza con pocas líneas una imagen del siervo malvado, que se pone a festejar y a pegar a sus dependientes, traicionando así la esencia de su encargo. En griego, la palabra que indica «fidelidad» coincide con la que indica «fe». La fidelidad del siervo de Jesucristo consiste precisamente también en el hecho de que no intenta adecuar la fe a las modas del tiempo. Solo Cristo tiene palabras de vida eterna, y estas palabras debemos llevar a la gente. Son el bien más precioso que se nos ha confiado. Una fidelidad semejante no tiene nada de estéril ni de estático; es creativa. El amo reprende a su siervo, que había escondido bajo tierra el bien que se le había entregado para evitar riesgos.

3. EL PRESBITERO, MINISTRO DE LOS SACRAMENTOS

En el marco de las palabras de Jesús a san Pedro, «pastorea mis ovejas» (Jn 21, 16), como «*amoris officium*»¹⁶⁵, vamos meditando las triples tareas que están incluidas en el pastoreo de las ovejas. Ya hemos considerado la tarea o Ministerio de la Palabra, ahora vamos a reflexionar brevemente sobre el sacerdote como Ministro de los Sacramentos a raíz del texto paulino «que la gente solo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (I Cor 4, 1). Esta tarea dentro del Ministerio presbiteral, «administradores de los misterios de Cristo», también es calificada tradicionalmente como la misión de santificar a los hombres, especialmente y sobre todo mediante los sacramentos y el culto de la Iglesia: «Por tanto, es Cristo mismo quien nos hace santos, es decir, nos atrae a la esfera de Dios. Pero como acto de su infinita misericordia llama a algunos a 'estar' con él (cf. *Mc* 3, 14) y a convertirse, mediante el sacramento del Orden, pese a su pobreza humana, en partícipes de su mismo sacerdocio, ministros de esta santificación, dispensadores de sus misterios, 'puentes' del

165 San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

encuentro con él, de su mediación entre Dios y los hombres, y entre los hombres y Dios»¹⁶⁶. Por ello, en el marco amplio de «misterio» como el plan de salvación manifestado mediante la predicación apostólica (cf. Rom 16, 25-26), abordamos los sacramentos dentro de los misterios de Dios.

Dimensión sacramental del Ministerio presbiteral

La misión de la Iglesia no es un añadido a la de Cristo y a la del Espíritu Santo; la Iglesia es un sacramento para actualizar y extender el misterio de la comunión de la Santísima Trinidad¹⁶⁷. Esta dimensión sacramental de la entera misión de la Iglesia brota de su mismo ser, como una realidad al mismo tiempo «humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina»¹⁶⁸. En este contexto de la Iglesia como «sacramento universal de salvación»¹⁶⁹, en el que Cristo «manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre»¹⁷⁰, los sacramentos, como momentos privilegiados de la comunicación de la vida divina al hombre, ocupan el centro del ministerio de los sacerdotes. Estos son conscientes de ser instrumentos vivos de Cristo Sacerdote. Su función corresponde a la de unos hombres capacitados por el carácter sacramental para secundar la acción de Dios con eficacia instrumental participada. La configuración con Cristo mediante la consagración sacramental sitúa al sacerdote en el seno del Pueblo de Dios, haciéndole participar de un modo específico y en conformidad con la estructura orgánica de la comunidad eclesial en el triple *munus Christi*. Actuando *in persona Christi Capitis*, el presbítero apacienta al pueblo de Dios conduciéndolo hacia la santidad¹⁷¹.

166 Benedicto XVI, Audiencia general, 5 de mayo de 2010; Cf. PO, 5.

167 Cf. LG, 48.

168 SC, 2.

169 LG, 48

170 GS, 45.

171 Cf. Congregación para el Clero, Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, 8; San Juan pablo II, PDV, 15, 21-22.

Es muy importante para el sacerdote tener una concepción integral de las diversas tareas de su misión en un equilibrio fundamentado: «En las últimas décadas ha habido tendencias orientadas a hacer prevalecer, en la identidad y la misión del sacerdote, la dimensión del anuncio, separándola de la de la santificación; con frecuencia se ha afirmado que sería necesario superar una pastoral meramente sacramental. (...). Es necesario reflexionar si, en algunos casos, el haber subestimado el ejercicio fiel del *munus sanctificandi*, no ha constituido quizá un debilitamiento de la fe misma en la eficacia salvífica de los sacramentos y, en definitiva, en el obrar actual de Cristo y de su Espíritu, a través de la Iglesia, en el mundo»¹⁷². Es esencial para la evangelización las propuestas integrales e integradoras de las tareas del pastor¹⁷³. «Las celebraciones sacramentales, en las que los presbíteros actúan como ministros de Jesucristo, partícipes de manera especial de su sacerdocio por medio de su Espíritu¹⁷⁴, constituyen momentos culturales de singular importancia en relación con la nueva evangelización. Téngase en cuenta, además, que para todos los fieles, pero sobre todo para aquellos habitualmente alejados de la práctica religiosa, pero que participan de vez en cuando en celebraciones litúrgicas con motivo de acontecimientos familiares o sociales (bautismos, confirmaciones, matrimonios, ordenaciones sacerdotales, funerales, etc.), estas ocasiones son de hecho los únicos momentos para transmitirles los contenidos de la fe»¹⁷⁵.

Promover el valor y el significado de las celebraciones de los sacramentos

Para promover el valor y el significado de las celebraciones de los sacramentos es muy apropiado meditar qué es un sacramento, qué son las celebraciones sacramentales y qué consecuencias con-

172 Benedicto XVI, Audiencia general, 5 de mayo de 2010.

173 Cf. Francisco, EG, 2-3, 11-13, 262, 264-266, 275-280.

174 Cf. PO, 5.

175 Congregación para el Clero, El presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer milenio cristiano, Capt. III, 1.

ciernen al sacerdote y a los fieles participantes; estas tres cuestiones son temas muy conocidos y muy enseñados por los pastores. Para recordar la esencialidad de un sacramento, pueden considerarse las palabras de Benedicto XVI: «El sacramento es el centro del culto de la Iglesia. Sacramento significa, en primer lugar, que no somos los hombres los que hacemos algo, sino que es Dios el que se anticipa y viene a nuestro encuentro con su actuar, nos mira y nos conduce hacia él. (...) Dios nos toca por medio de realidades materiales (...) que él toma a su servicio, convirtiéndolas en instrumentos del encuentro entre nosotros y él mismo»¹⁷⁶. Y las celebraciones sacramentales «son las celebraciones, en las que los presbíteros actúan como ministros de Jesucristo, partícipes en manera especial de su sacerdocio por medio de su Espíritu y constituyen momentos culturales de singular importancia en relación con la nueva evangelización»¹⁷⁷. San Juan Pablo II insistió en una verdadera formación litúrgica del sacerdote: «Para la formación espiritual de todo cristiano, y en especial de todo sacerdote, es muy necesaria la *educación litúrgica*, en el sentido pleno de una inserción vital en el misterio pascual de Jesucristo, muerto y resucitado, presente y operante en los sacramentos de la Iglesia»¹⁷⁸. La misma liturgia celebrativa tiene una eficacia propia para introducir a los fieles en el conocimiento del misterio celebrado, de modo que la formación del cristiano en la tradición más antigua de la Iglesia, aun sin descuidar la comprensión sistemática de los contenidos de fe, tuvo siempre un carácter experiencial¹⁷⁹: «la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada»¹⁸⁰.

176 Benedicto XVI, Audiencia general, 5 de mayo de 2010; Cf. Misa crismal, 1 de abril de 2010.

177 Congregación para el Clero, El presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer milenio cristiano, Capt. III, 1.

178 San Juan Pablo II, PDV, 48.

179 Cf. Benedicto XVI, Sacramentum caritatis, 64.

180 Benedicto XVI, Sacramentum caritatis, 64; Cf. Congregación para el Clero, El presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer milenio cristiano, Capt. III, 2.

Promover las verdaderas disposiciones para recibir los sacramentos

El sacerdote tiene una tarea de promover las verdaderas disposiciones internas en la recepción de los sacramentos para que los fieles reciban todos sus frutos: «El Concilio Vaticano II puso un énfasis particular en la participación activa, plena y fructuosa de todo el Pueblo de Dios en la celebración eucarística. (...). Pero no hemos de ocultar el hecho de que, a veces, ha surgido alguna incompreensión precisamente sobre el sentido de esta participación. Por tanto, conviene dejar claro que con esta palabra no se quiere hacer referencia a una simple actividad externa durante la celebración. En realidad, la participación activa deseada por el Concilio se ha de comprender en términos más sustanciales, partiendo de una mayor toma de conciencia del misterio que se celebra y de su relación con la vida cotidiana»¹⁸¹. Hay algunas disposiciones interiores imprescindibles para participar fructuosamente en los sacramentos: «Una de ellas es ciertamente el espíritu de conversión continua que ha de caracterizar la vida de cada fiel. No se puede esperar una participación activa en la liturgia eucarística cuando se asiste superficialmente, sin antes examinar la propia vida. Favorece dicha disposición interior, por ejemplo, el recogimiento y el silencio, al menos unos instantes antes de comenzar la liturgia, el ayuno y, cuando sea necesario, la confesión sacramental. Un corazón reconciliado con Dios permite la verdadera participación. En particular, es preciso persuadir a los fieles de que no puede haber una *actuosa participatio* en los santos Misterios si no se toma al mismo tiempo parte activa en la vida eclesial en su totalidad, la cual comprende también el compromiso misionero de llevar el amor de Cristo a la sociedad»¹⁸².

181 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 52.

182 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 55.

Proponer la eficacia integradora de los sacramentos en la personalidad del creyente

El culto cristiano, especialmente el culto eucarístico, tiene una eficacia integradora del cristiano, de su personalidad creyente¹⁸³. El cristiano está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana. «La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. *Rm* 8,29 s.). Todo lo que hay de auténticamente humano —pensamientos y afectos, palabras y obras— encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud. Aparece aquí todo el valor antropológico de la novedad radical traída por Cristo con la Eucaristía: el culto a Dios en la vida humana no puede quedar relegado a un momento particular y privado, sino que, por su naturaleza, tiende a impregnar todos los aspectos de la realidad del individuo»¹⁸⁴. «Fe, culto y ethos se compenetran recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el agapé de Dios»¹⁸⁵

Suscitar en los fieles el anuncio de lo celebrado en cada sacramento

Esa eficacia integradora del culto cristiano, de las celebraciones cristianas, abre paso al anuncio y la implicación de lo celebrado en cada sacramento. Misión y Evangelización, celebración y social, sacramento y amor al prójimo, en las celebraciones cristianas forma una sola realidad: «el catolicismo es esencialmente social. Social, en el más profundo sentido del término: no solamente por sus aplicaciones (...), sino en sí mismo, en su centro más misterioso, en la esencia de su dogmática. Social hasta tal punto,

183 Cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 71.

184 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 71.

185 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 14.

que la expresión de «catolicismo social» debería haber parecido siempre un pleonasma»¹⁸⁶. Es preciso hacerles a los fieles descubrir algunas armonías del misterio cristiano a partir de la mística del sacramento¹⁸⁷: fe, culto y ethos, celebración y carácter social del dogma, Eucaristía y misión, Eucaristía y síntesis de la fe, Eucaristía y síntesis pastoral, Eucaristía y evangelización.

El presbítero tiene un Ministerio de suscitar en todos los fieles el anuncio de lo que celebran: «Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana»¹⁸⁸. Fundamentar y exhortar el vínculo entre Eucaristía y misión¹⁸⁹ y entre Eucaristía y evangelización¹⁹⁰ es una tarea entrañable del Ministerio sacerdotal. El anuncio comienza por una existencia sacramental en la vida de cada persona que participa en los sacramentos e indica que «estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio «creído» y «celebrado» contiene en sí un dinamismo que lo convierte en principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana»¹⁹¹, que lleva a transformación moral propia¹⁹² y a la coherencia eucarística¹⁹³. Es decir, «el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado, sin consecuencias en nuestras relaciones sociales: al contrario, exige el testimonio público de la propia fe. Obviamente, esto vale para todos los bautizados, pero tiene una importancia particular para quienes, por la posición social o política que ocupan, han de tomar decisiones sobre valores fundamentales»¹⁹⁴. Esta implicación social de los sacramentos emerge desde la misma esencia de ellos: «La unión con Cristo que se realiza en el Sacramento nos capacita

186 Henri de Lubac, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Ediciones Encuentro, Madrid 1088, p. 17.

187 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 14.

188 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 84.

189 Cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 84.

190 Cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 78.

191 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 70; Cf. 76.

192 Cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 82.

193 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 83.

194 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 83.

también para nuevos tipos de relaciones sociales: la «mística» del Sacramento tiene un carácter social. En efecto, la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. (...). Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. (...). La Eucaristía, a través de la puesta en práctica de este compromiso, transforma en vida lo que ella significa en la celebración. (...). En la perspectiva de la responsabilidad social de todos los cristianos, los Padres sinodales han recordado que el sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente. (...). En efecto, quien participa en la Eucaristía ha de comprometerse en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias y guerras, y de modo particular hoy, por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual. Todos estos problemas, que a su vez engendran otros fenómenos degradantes, son los que despiertan viva preocupación. Sabemos que estas situaciones no se pueden afrontar de una manera superficial. Precisamente, gracias al Misterio que celebramos, deben denunciarse las circunstancias que van contra la dignidad del hombre, por el cual Cristo ha derramado su sangre, afirmando así el alto valor de cada persona»¹⁹⁵.

195 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 89.

REFLEXIONES Y PREGUNTAS

1^a. Comentemos el texto de la meditación: «que la gente solo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (i cor 4, 1).

2^a. Cómo vivimos la dimensión sacramental de nuestro Ministerio como Ministros de los Sacramentos.

3^a. Qué aspectos de la vida sacramental de los fieles conviene subrayar y promover hoy.

ORACIÓN

Dios de misericordia infinita,
que reafirmas la fe de tu pueblo
con el retorno anual de las fiestas pascuales,
acrecienta en nosotros los dones de tu gracia,
para que comprendamos mejor la inestimable riqueza
del bautismo que nos ha purificado,
del espíritu que nos ha hecho renacer
y de la sangre que nos ha redimido.
Por nuestro Señor Jesucristo¹⁹⁶.

196 Oración colecta de la misa del Segundo Domingo de Pascua.

«Os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere» (I Pe 5, 1-2)

El sacerdote, Guía de la Comunidad

Cuarta Meditación



CUARTA MEDITACIÓN

4^a

**«Os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere» (I Pe 5, 1-2)
El sacerdote, Guía de la Comunidad**

ORACIÓN

«Señor Jesús, haz que hagamos nuestras estas palabras. Estamos aquí, oh Padre, para cumplir tu voluntad, en la que encontramos nuestra paz. Danos la abundancia del Espíritu para que podamos vivir según tu voluntad ahora, en cada instante, y discernirla en nuestra vida. Espíritu de amor y de santidad, ven a nosotros con tus dones de sabiduría, inteligencia y consejo. Ilumina nuestro corazón y nuestra mente. Amén»¹⁹⁷.

¹⁹⁷ Carlo María Martini, La libertad de los cristianos según la Primera Carta de Pedro, Sal Terrae, Santander 2011, p.21.

INTRODUCCIÓN

Esta tercera meditación considera el texto en el que san Pedro nos exhorta «pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere» (I Pe 5, 1-2). Aquí se medita la tarea del sacerdote que es llamada Guía de la Comunidad o *munus regendi*. Se consideran las cualidades para ejercer esta tarea, el contenido de esta tarea y el espíritu para hacerla como servicio de amor hoy, en el marco de «apacienta mis ovejas» (Jn, 21, 16) como oficio de amor¹⁹⁸.

EL TEXTO

«Así, pues, a los presbíteros entre vosotros, y presbítero con ellos, testigo de la pasión de Cristo y partícipe de su gloria que se va a revelar, os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sordida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelo del rebaño. Y, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria» (I Pe 5, 1-4).

COMENTARIO

1. EL CONTEXTO DEL TEXTO I PEDRO 5, 1-4

Autor y destinatarios de la carta

Se puede admitir la autenticidad petrina de esta carta en el sentido más amplio, ya que no parecen convincentes las razones

¹⁹⁸ Cf. San Agustín, Tratado sobre el evangelio de San Juan, Tratado 123, 5.

contra su autenticidad¹⁹⁹, pues quizás San Pedro pudo utilizar los servicios de Silvano (cf. I Pe 5, 12), que habría actuado de secretario redactor²⁰⁰, hacia el año 70 del siglo I. Silvano era una figura destacada en la iglesia primitiva (cf. Hch 15, 22), que habría recibido una sólida formación (cf. Hch 16, 25. 35-39)²⁰¹, y era discípulo de San Pablo y de San Pedro. La carta pudo ser escrita desde Roma, a la que califica con la denominación de Babilonia (I Pe 5, 13). Cuando escribe esta carta San Pedro «ya es anciano y está cerca del final de su vida, que sellará con el martirio» (I Pe 1, 8-9)²⁰².

La carta está dirigida a los «elegidos que habitan en la diáspora del Ponto, Galacia, Capadocia y Bitinia» (1, 1). Son comunidades que viven en zonas rurales, principalmente en aldeas; y la condición social de la mayoría de los miembros de estas comunidades debía ser humilde. Al calificar de «diáspora» intenta subrayar figuradamente que los cristianos deben considerarse como extranjeros en este mundo porque no tienen en él su verdadera patria (cf. 2, 11). Sufren persecución de sus vecinos paganos, que los desprecian y maltratan por «el nombre de Cristo» (4, 14)²⁰³ con violencias privadas, injurias y calumnias (2, 12.15; 3, 14. 16); simplemente, sufrían «por ser cristianos» (2, 16), no por delitos (2, 20; 4, 15).

El contexto del texto I Pe 5, 1-4

El núcleo doctrinal de la carta descansa sobre dos textos cristológicos (cf. I Pe 2, 21-25 y 3, 18-22), por eso, el sufrimiento de Cristo y su pasión en relación con la vida cristiana constituyen los temas fundamentales de esta carta. El secreto de la carta se encuentra en

199 Cf. Joseph A. Fitzmyer, Primera Epístola de San Pedro, en: Raymond E. Brown, Joseph S. Fitzmyer y Roland E. Murphy (Directores), Comentario «San Jerónimo», Ediciones Cristiandad, Madrid 1972, p. 274.

200 Cf. Joseph A. Fitzmyer, l.c., p. 274.

201 Cf. Benedikt Schwank, Primera carta de san Pedro, Herder, Barcelona 1970, p. 7.

202 Benedicto XVI, Audiencia general, 24 de mayo de 2006.

203 Cf. Joseph A. Fitzmyer, l.c., p. 274.

haber convertido la exhortación social en una lectura cristológica, interpretando cristológicamente la situación injusta y agobiante, imitando a Jesús que se dejó condenar por amor a nosotros²⁰⁴. Desde esta referencia a Cristo, a modo de profesión de fe, la carta, ante la dificultad de ser cristiano y de los peligros que rodean al creyente, fundamenta las conductas de los cristianos y saca conclusiones acerca del modo de comportarse el cristiano entre sus vecinos paganos²⁰⁵, si sus tribulaciones provienen de su fe y de su santa conducta ante una persecución inmerecida de las gentes que le rodean. Tras haber descrito las verdades fundamentales del misterio cristiano saca unos principios fundamentales orientativos para todas las situaciones de sus destinatarios posibles. En este último estilo diferencial se sitúa nuestro texto como exhortación a los presbíteros (Cf. I Pe 5, 1-4).

2. «OS EXHORTO: PASTOREAD EL REBAÑO DE DIOS QUE TENÉIS A VUESTRO CARGO, MIRAD POR ÉL, NO A LA FUERZA, SINO DE BUENA GANA, COMO DIOS QUIERE» (I Pe 5, 1-2)

«Así, pues, a los presbíteros entre vosotros, y presbítero con ellos, testigo de la pasión de Cristo y partícipe de su gloria que se va a revelar, os exhorto»

San Pedro se presenta como «testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse» (I Pe 5, 1). Ciertamente, San Pedro se siente asociado a los presbíteros como presbítero, pero aduce un cargo superior como testigo de los sufrimientos de Cristo y asociado a su gloria: «así, el binomio sufrimiento-gloria, que encontramos tantas veces, se añade ahora el binomio testigo-asociado, que nos invita a explicar cada uno

204 Cf. Carlo María Martini, o.c., pp. 94-96.

205 Cf. Joseph A. Fitzmyer, l.c., p. 275.

de los términos por medio del otro»²⁰⁶. Ya San Pedro había dado la vinculación entre testimonio y apóstol (Cf. Hch 1, 21-22). Pero esos sufrimientos son inseparables de la gloria de Cristo para los propios discípulos (Cf. I Pe 1, 7): «De todo esto se nos presenta Pedro como testigo, al mismo tiempo que como partícipe»²⁰⁷ (Cf. Jn 21, 18-19).

«Pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelo del rebaño»

Las palabras empleadas para pastorear contienen tres cualidades dinámicas en forma de los modos, los fines y los motivos del apacentar al estilo del Dueño de las ovejas. En primer lugar, se les indica el modo: «no a la fuerza, sino de buena gana», es decir, dando la impresión de que se lleva una carga, sino «de buena gana», es decir, internamente deseo de hacerlo, de una voluntad verdadera, como ministerio gozoso; lo contrario sería desgana. Pero al mismo tiempo dice San Pedro «como Dios quiere», es decir, según Dios, según el estilo de Dios.

Seguidamente, San Pedro indica los motivos inadecuados del obrar pastoral, «por sórdida ganancia», y motivos adecuados del ministerio de pastor, «con entrega generosa». Hay una gran diferencia en la calidad de motivos del actuar del pastor. Sin embargo, San Pedro indica la motivación propia de quien está sirviendo a las ovejas de Jesús, pues está en ámbito del Hijo de Dios (Cf. Jn 13, 1); si esta es la textura del Dueño de las ovejas su servidor debe entrar en este dinamismo hasta el final (Cf. Jn 19, 30); se trata del dinamismo del don, del don de sí mismo, de generosa entrega, de generosidad, de magnanimidad.

206 Edouard Cothenet, *Las cartas de Pedro*. Cuaderno 47, Verbo Divino, ESTELLA (Navarra) 1987, p. 42.

207 Cf. Edouard Cothenet, o.c., p. 42.

Finalmente, «no como déspotas, sino convirtiéndoos en modelo del rebaño». «La autoridad en la Iglesia es, ante todo, la del ejemplo»²⁰⁸ (Cf. Mt 20, 24-28; Lc 22, 27). Este es el verdadero liderazgo cristiano: encarnar con humildad la propuesta. Pero, además, indica no como «déspotas», es decir, como persona que abusa de su poder, de su cargo y de su autoridad, que trata con dureza a los súbditos y a quienes debería servir como el Maestro (Cf. Jn 13, 5): «este tipo de autoridad, o sea, el servicio a la Iglesia, debe animar y vivificar la existencia espiritual de todo sacerdote, precisamente como exigencia de su configuración con Jesucristo, Cabeza y Siervo de la Iglesia»²⁰⁹. Una autoridad basada en la conducta: «En efecto, la manera de enseñar algo con autoridad es practicarlo antes de enseñarlo, ya que la enseñanza pierde toda garantía cuando la conciencia contradice las palabras (...). Por esto, hallamos acerca del Señor: «les enseñaba con autoridad, no como los escribas y fariseos» (Mc 1, 22). Él, en efecto, de un modo único y singular, hablaba con autoridad, en el sentido verdadero de la palabra, ya que nunca cometió pecado alguno por debilidad»²¹⁰.

«Y, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria»

«Cuando aparezca el supremo Pastor». En Jesucristo están unidos Cabeza y Siervo, Pastor y Esposo, y Sacerdote. Estos tres contenidos proponen matices nuevos en Jesucristo. Jesucristo es Pastor, es más, es el Buen Pastor, porque se entrega a sí mismo, es decir, da la vida. Es Esposo y Siervo²¹¹. Además, al dar la vida, es Sacrificio, Sumo Sacerdote (Cf. Hb 3, 1-6; 5, 1-10; 7, 1-28) y Altar a la vez (Cf. Hb 8, 1-10, 18)²¹²: le mueve un amor supremo y absoluto

208 Carlo María Martini, o.c, p.143.

209 San Juan Pablo II, PDV, 21.

210 San Gregorio Magno, Tratado morales sobre el Libro de Job, Libro 23, 23-24: PL 76, 265-266.

211 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 21-22.

212 Cf. Prefacio Pascual, V.

(cf. Jn 13,1; Hch 4, 12; Flp 2, 9; I Tim 2, 5-6)²¹³. San Pedro, en segundo lugar, habla del premio final. «El horizonte del presbítero, del responsable, no es necesariamente la gratificación humana, que puede recibirse o no, sino la que viene de Dios, el juez único del corazón humano, que sabe si hemos trabajado verdaderamente con buen ánimo, y no por vil interés; si lo hemos hecho con espíritu de servicio y de humildad. No son los hombres los que nos juzgan, aunque a menudo lo hagan y nos critiquen»²¹⁴. El premio es «la corona inmarcesible de la gloria», que ya había mencionado al principio de la carta: «para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros» (I Pe 1, 4; I Corintios 9, 24-25), frente a «una corona corruptible» (I Cor 9, 25) del honor atlético.

Esa «corona inmarcesible de gloria» es Dios mismo, Dios mismo es nuestro premio. Así se ha interpretado por la vivencia de los santos: «¿podías darme algo máspreciado que tú mismo?»²¹⁵, «El amor basta por sí solo, satisface por sí solo y por causa de sí. Su mérito y su premio se identifican con él mismo»²¹⁶; «La vida y las enseñanzas de santo Tomás de Aquino se podrían resumir en un episodio transmitido por los antiguos biógrafos. Mientras el Santo, como acostumbraba, oraba ante el crucifijo por la mañana temprano en la capilla de San Nicolás, en Nápoles, Domenico da Caserta, el sacristán de la iglesia, oyó un diálogo. Tomás preguntaba, preocupado, si cuanto había escrito sobre los misterios de la fe cristiana era correcto. Y el Crucifijo respondió: 'Tú has hablado bien de mí, Tomás. ¿Cuál será tu recompensa?'. Y la respuesta que dio Tomás es la que también nosotros, amigos y discípulos de Jesús, quisiéramos darle siempre: '¡Nada más que tú, Señor!' »²¹⁷.

213 Cf. San Ambrosio, Comentario sobre los salmos, salmo 48, 13-14: CSEL 64, 367-368; Guillermo, Abad del Monasterio de San Teodorico, Tratado sobre la contemplación de Dios, 9-11: SC 61, 90-96; Benedicto XVI, *Spe salvi*, 26.

214 Carlo María Martini, o.c, p.144.

215 *Santa Catalina de Siena, Diálogo sobre la divina Providencia, Cap. 167.*

216 San Bernardo, Sermón sobre el Cantar de los cantares, Sermón 83, 4-6.

217 Benedicto XVI, Audiencia general, 2 de junio de 2010; Cf. Jean-Pierre Torrell, Tommaso d' Aquino. L'uomo e il teologo, Casale Monferrato (Italia) 1994, p. 320.

3. EL PRESBITERO, GUÍA DE LA COMUNIDAD

Distinción y profunda unidad de los tres oficios, los tres oficios que configuran el Ministerio sacerdotal

El sacerdote es instituido al servicio del sacerdocio universal de la Nueva Alianza, de la iglesia y del mundo²¹⁸. Este servicio ha sido identificado en la Tradición con tres oficios, tres *munera*: «la Tradición ha identificado en las diversas palabras de misión del Señor: enseñar, santificar y gobernar— en su distinción y en su profunda unidad son una especificación de esta representación eficaz. Esas son en realidad las tres acciones de Cristo resucitado, el mismo que hoy en la Iglesia y en el mundo enseña y así crea fe, reúne a su pueblo, crea presencia de la verdad y construye realmente la comunión de la Iglesia universal; y santifica y guía»²¹⁹. Al aplicar un esquema cristológico PO 4-6 para hacer comprensible el sentido del presbiterado busca la unidad del ministerio con tanta fuerza «que la clásica terna de oficios pierde totalmente sentido ante ella» se «mezclan los oficios» y se entienden «recíprocamente unidos» «que es difícil una diferencia temática»²²⁰.

3.1. ¿QUÉ SIGNIFICA «GUÍA DE LA COMUNIDAD»?

Realidad, concepto y finalidad de ser Guía de la comunidad

A esta tarea sacerdotal se le llama Guía de la comunidad o *munus regendi*: «El ejercicio del *munus regendi* del presbítero no puede entenderse sólo en términos sociológicos, como una capacidad meramente organizativa, pues procede también del sacerdocio sacramental»²²¹. «Los presbíteros, ejerciendo, según su parte de

218 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 14, 15, 16.

219 Benedicto XVI, Audiencia, 14 de abril de 2010.

220 Joseph Ratzinger, Teología del ministerio ordenado, en: Obras Completas, vol. XII, BAC, Madrid 2014, pp. 341, 342.

221 Congregación para el Clero, El Presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer Milenio cristiano, IV, 3.

autoridad, el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del Obispo, a la familia de Dios, con una fraternidad alentada unánimemente, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu»²²². «Ya que la actividad pastoral está destinada por su naturaleza a animar la Iglesia, que es esencialmente ‘misterio’, ‘comunidad’, y ‘misión’, la formación pastoral deberá conocer y vivir estas dimensiones eclesiales en el ejercicio del ministerio»²²³. «El fin esencial de su actividad pastoral y de la autoridad que se les confiere es el de ‘conducir a un pleno desarrollo de vida espiritual y eclesial la comunidad que se les ha encomendado’»²²⁴. «El sacerdote está llamado a revivir la autoridad y el servicio de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, *animando y guiando la comunidad eclesial*, o sea, reuniendo ‘la familia de Dios, como una fraternidad animada en la unidad’ y conduciéndola al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo». Este «munus regendi» es una misión muy delicada y compleja, que incluye, además de la atención a cada una de las personas y a las diversas vocaciones»²²⁵. Efectivamente, «los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoja, que los escuche con gusto y les muestre una sincera amistad, sino también y sobre todo un *hombre que les ayude a mirar a Dios, a subir hacia Él*»²²⁶.

Autoridad de Cabeza y de Pastor es autoridad de Siervo y de Esposo. El sentido de autoridad en el misterio de Cristo

«Las experiencias culturales, políticas e históricas del pasado reciente, sobre todo las dictaduras en Europa del este y del oeste en el siglo XX, han hecho al hombre contemporáneo desconfiado respecto a este concepto. (...). Pero precisamente la mirada sobre los regímenes que en el siglo pasado sembraron terror y muerte

222 PO, 6.

223 San Juan Pablo II, PDV, 59.

224 Congregación para el Clero, El Presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer Milenio cristiano, IV, 3.

225 San Juan Pablo II, PDV, 58.

226 San Juan Pablo II, PDV, 47.

recuerda con fuerza que la autoridad, en todo ámbito, cuando se ejerce sin una referencia a lo trascendente, si prescinde de la autoridad suprema, que es Dios mismo, acaba inevitablemente por volverse contra el hombre»²²⁷. «La autoridad de Jesucristo Cabeza coincide pues con su servicio, con su don, con su entrega total, humilde y amorosa a la Iglesia. Y esto en obediencia perfecta al Padre: él es el único y verdadero Siervo doliente del Señor, Sacerdote y Víctima a la vez. Este tipo concreto de autoridad, o sea, el servicio a la Iglesia, debe animar y vivificar la existencia espiritual de todo sacerdote, precisamente como exigencia de su configuración con Jesucristo, Cabeza y Siervo de la Iglesia»²²⁸. «La imagen de Jesucristo, *Pastor de la Iglesia*, su grey, vuelve a proponer, con matices nuevos y más sugestivos, los mismos contenidos de la imagen de Jesucristo, Cabeza y Siervo. (...). Jesús se presenta a sí mismo como «el buen Pastor» (*Jn 10, 11.14*), (...). La entrega de Cristo a la Iglesia, fruto de su amor, se caracteriza por aquella entrega originaria que es propia del esposo hacia su esposa, como tantas veces sugieren los textos sagrados. *Jesús es el verdadero esposo*, que ofrece el vino de la salvación a la Iglesia (cf. *Jn 2, 11*). Él, que es «Cabeza de la Iglesia, el salvador del Cuerpo» (*Ef 5, 23-27*).

El salto cualitativo de la pastoral. Adecuada armonía entre las dimensiones personal y comunitaria de la edificación de la Iglesia²²⁹

La pastoral se encuentra ante la exigencia de un salto cualitativo: la pastoral debe pasar al acompañamiento espiritual, a la dirección espiritual²³⁰. La pastoral debe pasar de una pastoral hecha de experiencias episódicas a una educación procesual de

227 Benedicto XVI, Audiencia general, 26 de mayo de 2010.

228 San Juan Pablo II, PDV, 21.

229 Congregación para el Clero, *El Presbítero, Maestro de la Palabra*, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer Milenio cristiano, IV, 3.

230 Cf. *Obra Pontificia para las Vocaciones Eclesiásticas, Nuevas Vocaciones para una nueva Europa*, Roma, 6 de enero de 1998, n.13. En adelante NVPU-NE.

la fe, de una propuesta colectiva a un acompañamiento espiritual comprobado: «La pastoral que no llega a «conmover el corazón» y a poner al oyente ante la pregunta estratégica «¿qué debo hacer?», no es pastoral, sino hipótesis inocua de trabajo»²³¹. La incorporación de la doctrina de los objetivos y de los medios en los proyectos pastorales ha hecho muchas veces que sean claros los objetivos pastorales así como las estrategias de fondo, pero quedan un poco difusos los pasos para suscitar la disponibilidad y la capacidad de respuesta ante la oferta de la fe. Es preciso pasar de una animación pastoral a una educación del creyente²³²; en consecuencia, el mismo animador pastoral deberá llegar a ser cada vez más un educador y formador en la fe²³³, que acompañe los caminos pedagógicos que es preciso recorrer²³⁴. Es preciso pasar de los itinerarios pastorales genéricos a los itinerarios pedagógicos que responden a la llamada personal. En la Iglesia debe existir una adecuada armonía entre las dos dimensiones personal y comunitaria; y en su edificación, el pastor procede moviéndose desde la primera hacia al segunda²³⁵. Así se realizaría en la guía de las personas una la labor de persona a persona²³⁶, transmitir a Cristo por contagio y por ósmosis, por contacto personal, por coloquio salvador. Es necesario el acompañamiento personal de los procesos de crecimiento cristiano: La relacionalidad en la pastoral, la proximidad, hace presente la fragancia de Jesús²³⁷: «Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar»²³⁸.

231 NVPUNE, n. 26.

232 Cfr. NVPUNE, n. 13.

233 Cfr. NVPUNE, n. 13.

234 Cfr. NVPUNE, 30.

235 Congregación para el Clero, El Presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer Milenio cristiano, IV, 3.

236 Cf. Francisco, EG, 127-129; San Pablo VI, EN, 46; San Juan Pablo II, PDV, 40.

237 Cf. Francisco, EG, 169.

238 Francisco, EG, 171.

DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL Y PASTORAL PARA PROMOVER EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

El enlace de todo el proceso de conversión pastoral en la Iglesia

«La conversión pastoral es uno de los temas fundamentales en la «nueva etapa evangelizadora»²³⁹ que hoy la Iglesia está llamada a promover, para que las comunidades cristianas sean centros que impulsen cada vez más el encuentro con Cristo»²⁴⁰. Esta conversión pastoral afecta tanto a personas como a estructuras eclesiales, para promover esta conversión pastoral se necesita previamente del discernimiento espiritual, que siendo siempre espiritual afecta a lo pastoral y a lo comunitario, es decir, también a las estructuras, pero la finalidad última de todo este proceso es promover evangelizadores con Espíritu. Detengámonos en este pensamiento unitario en sus diversos elementos.

La conversión pastoral

Primeramente, se entiende por conversión pastoral el «cambio de mentalidad y de renovación interior»²⁴¹. «La conversión pastoral es uno de los temas fundamentales en la «nueva etapa evangelizadora»²⁴² que hoy la Iglesia está llamada a promover, para que las comunidades cristianas sean centros que impulsen cada vez más el encuentro con Cristo»²⁴³. «Esta conversión misionera, que conduce naturalmente también a una reforma de las estructuras, implica en modo particular a la parroquia, comunidad convocada en torno a la Mesa de la Palabra y de la Eucaristía»

239 Francisco, EG, 287.

240 Congregación para el Clero, La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, 3.

241 Cf. Congregación para el Clero, La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, 35.

242 Francisco, EG, 287.

243 Congregación para el Clero, La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, 3.

244. La conversión pastoral atañe a personas, a comunidades y a estructuras.

El imprescindible discernimiento pastoral

Es imprescindible previamente realizar un discernimiento pastoral desde la clave del discernimiento espiritual. «Antes de hablar acerca de algunas cuestiones fundamentales relacionadas con la acción evangelizadora, conviene recordar brevemente cuál es el contexto en el cual nos toca vivir y actuar (...). Lo que quiero ofrecer va más bien en la línea de un *discernimiento evangélico*. Es la mirada del discípulo misionero, que se «alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo»²⁴⁵: «Discernir no consiste solo en ver, sino en ser capaces de captar cómo Dios está actuando en la historia; se hace presente incluso antes de que nosotros le podamos descubrir»²⁴⁶. «En esta Exhortación sólo pretendo detenerme brevemente, con una mirada pastoral, en algunos aspectos de la realidad que pueden detener o debilitar los dinamismos de renovación misionera de la Iglesia, sea porque afectan a la vida y a la dignidad del Pueblo de Dios, sea porque inciden también en los sujetos que participan de un modo más directo en las instituciones eclesiales y en tareas evangelizadoras»²⁴⁷.

De este modo, el discernimiento evangélico tiene muy presente el conocimiento de la situación con todo rigor, no una simple descripción, pero es aún más importante la interpretación de la situación; no siempre es fácil una lectura interpretativa, ya que la interpretación nace a la luz y bajo la fuerza del Evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo. El discernimiento se funda en la confianza en el amor de Jesucristo, que siempre e incansablemente cuida de su Iglesia

244 Congregación para el Clero, La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, 4.

245 Francisco, EG, 50.

246 Comisión Episcopal para Laicos, Familia y Vida, Mensaje del Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, 2021.

247 Francisco, EG, 51.

(cf Ef 5, 29); por eso, afronta las dificultades y los retos desde una confianza en Él; y esta es la verdad que configura la interpretación y la decisión en el discernimiento evangélico, a pesar de los pesares: discernir es buscar la verdad cristológica para asegurar la esperanza, la fe y la certeza en ese amor indefectible de Cristo (Cf. Rom 8, 31-39) para vencer las dificultades (cf. Rom 8, 31-39)²⁴⁸.

Discernimiento espiritual en los que realizan la pastoral. Aquello que puede detener o debilitar los dinamismos de la renovación misionera de la Iglesia

El discernimiento debe realizarse, en primer lugar, en las personas que ejercen la pastoral, porque «la conversión de las estructuras, que la parroquia debe proponerse, requiere en primer lugar un cambio de mentalidad y una renovación interior, sobre todo de aquellos que están llamados a la responsabilidad de la guía pastoral»²⁴⁹. Y este discernimiento en las personas debe fijarse en aquellos aspectos que pueden detener o debilitar los dinamismos de la renovación misionera de la Iglesia que son de dos tipos: algunos desafíos de la época actual que configuran un humus de la mentalidad social prevalente²⁵⁰ y algunas tentaciones que particularmente afectan a los agentes pastorales como hijos de esta época²⁵¹. Este discernimiento espiritual debe conducir a sanear las motivaciones de los que ejercen la pastoral para convertirse en evangelizadores con Espíritu²⁵². El presbítero «alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero»²⁵³.

248 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 10.

249 Cf. Congregación para el Clero, La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, 35.

250 Cf. Francisco, EG, 52-75.

251 Cf. Francisco, EG, 76-101.

252 Cf. Francisco, EG, 262-283.

253 Francisco, EG, 28.

La conversión de las estructuras eclesiales

La vida de Espíritu en las estructuras eclesiales: «Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin «fidelidad de la Iglesia a la propia vocación», cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo»²⁵⁴. La misión es el criterio guía para la renovación de las estructuras²⁵⁵: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. De la fantasía reformadora a la búsqueda de la objetivación de la reforma, fines y medios que conduzcan realmente a los fines: «Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía. (...) Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral»²⁵⁶. La comunidad cristiana, la comunidad parroquial, requiere no sólo la experiencia de parroquia, sino un replanteamiento del ministerio y de la misión de los sacerdotes y los fieles laicos: «Para promover la centralidad de la presencia misionera de la comunidad cristiana en el mundo^[16], es importante replantear no solo una nueva experiencia de parroquia, sino también, en ella, el ministerio y la misión de los sacerdotes, que, junto con los fieles laicos, tienen la tarea de ser «sal y luz del mundo» (cfr. Mt 5, 13-14), «lámpara sobre el candelero» (cfr. Mc 4, 21), mostrando el

254 Francisco, EG, 26.

255 Cf. Congregación para el Clero, La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, 16-26.

256 Francisco, EG, 33.

rostro de una comunidad evangelizadora, capaz de una adecuada lectura de los signos de los tiempos, que genera un testimonio coherente de vida evangélica»²⁵⁷.

3.2. ¿QUÉ CUALIDADES DEBE TENER UN GUÍA?

En este apartado nos detenemos en las tres cualidades teológicas esenciales del guía que se plasmarán posteriormente en operatividad en la personalidad, los valores, actitudes y destrezas. Es imprescindible para un guía conocer el camino que conduce a la meta; en nuestro caso, conocer el camino que conduce a la persona hasta Dios. Estas tres cualidades teológicas esenciales han sido identificadas por los santos: «Persona letrada, ejercitada y experimentada en las cosas de Dios. Y no toméis a quien no tenga lo uno sin lo otro»²⁵⁸. «Además de ser sabio y discreto ha menester ser experimentado»²⁵⁹. «Aunque para esto parece no son menester letras, mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si puede, y mientras más mejor; y los que van por caminos de oración tienen de esto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más (...)»²⁶⁰. Por lo tanto, en primer lugar, ciencia de Dios y sabiduría sobre el camino que conduce a Dios.

En segundo lugar, la discreción que dice relación a la prudencia y a la oportunidad, viene a ser capacidad teológica de discernir el espíritu bueno y el espíritu malo, lo que procede de Dios en alma y lo que procede de su propio espíritu o del ángel malo. Es detectar la voz del Espíritu Santo en las circunstancias concretas de la vida del dirigido: «No os fieis de cualquier espíritu, sino mirad si es de Dios» (I Jn. 4, 1), «Examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (I Tes. 5, 21), «Conocer de dónde viene los movimientos interiores

257 Congregación para el Clero, La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, 13.

258 San Juan de Ávila, Audi, filia, n.º. 3525.

259 San Juan de la Cruz, Llama, 3, 30. Este pasaje debe conocerlo todo acompañante espiritual: 3, 27-31. 42-46. 53-60. 62.

260 Santa teresa de Jesús, Vida, 13, 17.

de nuestra alma»²⁶¹.

Finalmente, como tercera área teologal, La experiencia indica que es un testigo que está experimentando todo el proceso de la vida espiritual. Es resaltar la prioridad del conocimiento a partir de la experiencia. Los grandes espirituales han comenzado por la experiencia, la tienen y son capaces de comunicarla, saben que su experiencia no es excluyente de otras experiencias porque no creen que «su» experiencia es «la» experiencia. Pero hay que reflexionar sobre la propia experiencia, pues no es suficiente vivir la experiencia, hay que comprenderla y saber formularla para ser entendida y vivida por otros; es más, hay que reconocer los límites de toda experiencia espiritual y relativizar lo que llamamos profundo²⁶². Ya decía San Teresa de Jesús los tres grados del saber en el campo cristiano espiritual: «Una cosa es la gracia que se ha recibido, otra entender lo que ocurre en el propio interior y otra el poder expresarla»²⁶³.

3.3. LAS MENCIONADAS CUALIDADES DEBEN FECUN- DARSE EN VIRTUDES, ACTITUDES Y DESTREZAS SEGÚN EL MISTERIO DE CRISTO

Esas tres cualidades teologales esenciales deben encarnarse en una «eximia humanitate»²⁶⁴, en una exquisita delicadeza. Esa eximia humanitate, o también llamada sensibilidad humana²⁶⁵, es la plasmación del don recibido por el sacramento del orden y las cualidades teologales en la propia personalidad en forma de virtudes, actitudes y destrezas en el trato de personas: «os tratamos con delicadeza como una madre que cuida con cariño de sus hijos» (I Ts 2, 7) y «sabéis perfectamente que, lo mismo que un padre con sus hijos, nosotros os exhortamos a cada uno de vosotros, os

261 San Ignacio de Loyola, EE. 32.

262 Cf. Y. Ranguin Maestro y discípulo. El acompañamiento espiritual, Narcea, Madrid 1986, pp. 31- 45.

263 Santa Teresa de Jesús, V 17, 5; IV M 1,1.

264 PO, 6.

265 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 72.

animábamos y os urgíamos a llevar una vida digna de Dios» (ITs 2, 11-12). Es necesaria esa plasmación y ese crecimiento humano-espiritual del presbítero²⁶⁶.

Plasmar el don, el carisma sacerdotal, en la personalidad presbiteral

«El presbítero, llamado a ser ‘imagen viva’ de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, debe procurar reflejar en sí mismo, en la medida de lo posible, aquella perfección humana que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre y que se transparenta con singular eficacia en sus actitudes hacia los demás, tal como nos las presentan los evangelistas». (...). Precisamente para que su ministerio sea humanamente lo más creíble y aceptable, es necesario que el sacerdote plasme su personalidad humana de manera que sirva de puente y no de obstáculo a los demás en el encuentro con Jesucristo Redentor del hombre; es necesario que, a ejemplo de Jesús que «conocía lo que hay en el hombre» (Jn 2, 25; cf. 8, 3-11), el sacerdote sea capaz de conocer en profundidad el alma humana, intuir dificultades y problemas, facilitar el encuentro y el diálogo, obtener la confianza y colaboración, expresar juicios serenos y objetivos.

La personalidad cualificada desde las verdades y valores en virtudes del pastor

Las verdades teologales del presbítero deben encarnarse en su personalidad por medio de las virtudes que hacen operativas las verdades y los valores del carisma sacerdotal; y así se configuran las llamadas virtudes del pastor. «Por tanto, no sólo para una justa y necesaria maduración y realización de sí mismo, sino también con vistas a su ministerio, los futuros presbíteros deben cultivar una serie de cualidades humanas necesarias para la formación de

266 Congregación para el Clero, *El Presbítero, Maestro de la Palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la Comunidad, ante el tercer Milenio cristiano*, IV, 3.

personalidades equilibradas, sólidas y libres, capaces de llevar el peso de las responsabilidades pastorales. Se hace así necesaria la educación a amar la verdad, la lealtad, el respeto por la persona, el sentido de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la verdadera compasión, la coherencia y, en particular, el equilibrio de juicio y de comportamiento. Un programa sencillo y exigente para esta formación lo propone el apóstol Pablo a los Filipenses: 'Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta' (*Flp* 4, 8). (...). De particular importancia es la capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y 'hombre de comunión'. Esto exige que el sacerdote no sea arrogante ni polémico, sino afable, hospitalario, sincero en sus palabras y en su corazón, prudente y discreto, generoso y disponible para el servicio, capaz de ofrecer personalmente y de suscitar en todas relaciones leales y fraternas, dispuesto a comprender, perdonar y consolar (cf. *1 Tim* 3, 1-5; *Tit* 1, 7-9)»²⁶⁷. «En el trato con los hombres y en la vida de cada día, el sacerdote debe acrecentar y profundizar aquella sensibilidad humana que le permite comprender las necesidades y acoger los ruegos, intuir las preguntas no expresadas, compartir las esperanzas y expectativas, las alegrías y los trabajos de la vida ordinaria; ser capaz de encontrar a todos y dialogar con todos. Sobre todo conociendo y compartiendo, es decir, haciendo propia, la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones, desde la indigencia a la enfermedad, desde la marginación a la ignorancia, a la soledad, a las pobreza materiales y morales, el sacerdote enriquece su propia humanidad y la hace más auténtica y transparente, en un creciente y apasionado amor al hombre»²⁶⁸.

267 San Juan Pablo II, PDV, 43.

268 San Juan Pablo II, PDV, 72.

La sensibilidad humana plasmada desde el misterio de Cristo se traduce en actitudes y destrezas en el trato

Las virtudes se complementan y se traducen en actitudes y en destrezas. Destreza interpersonal es la capacidad con que una persona facilita la relación entre personas, la comunicación y el crecimiento personal de la persona a la que ayuda. Cada generación de estudiosos del trato y de la conversación han aportado reflexiones significativas sobre el coloquio y la conversación humana; han buscado las condiciones necesarias y suficientes de un trato y de una conversación que hace crecer. Este camino iniciado abrió la reflexión sobre otras variables en función de lo que entendemos por desarrollo del hombre y verdadera plenitud del mismo. Siendo importantes estas condiciones y su estudio, quizás haya que repensar la conversación y el coloquio en sí mismo para conocer su verdadera esencia y su itinerario madurativo para todo hombre y mujer. Poco a poco se puso al descubierto la insuficiencia y los límites de los modelos de relación de ayuda, abriéndose paso nuevos enfoques.

El trato y la conversación cristiana. La conversación de comunión

La conversación cristiana es calificada de «*conversatio Dei*»²⁶⁹, «*salutis colloquium*»²⁷⁰, «diálogo de salvación»²⁷¹ y «El secreto formativo de la Iglesia»²⁷², porque es encuentro con Cristo, conversación de comunión, pues todo encuentro apunta al encuentro con Dios. La conversación, el coloquio y el encuentro cristianos se desenvuelven en el marco de sus referencias interiores: «lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen» Ef 4, 29). Esos principios están plasmados en las actuaciones de Cristo, en sus diversos coloquios, encuentros y

269 Vaticano II, DV 8.

270 San Pablo VI, *Ecclesian suam*, 65-71.

271 Benedicto XVI, Carta del Año sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del *Dies natalis* del santo Cura de Ars, 16 de junio de 2009.

272 San Juan Pablo II, VS, 85.

diálogos. Los mejores discípulos de Jesús los han encarnado en la historia en sus relaciones humanas y encuentros. Estas armonías sólo se logran desde una encarnación del Verbo en la mente, en el corazón, en las palabras, en los valores, en las actitudes, en las destrezas y en los modos de ser y de decir.

Condiciones de la conversación cristiana para su fecundidad. La sensibilidad humana del misterio de Cristo

1ª. Escuchar con calor despierto y activo: La atención en Cristo. Escuchar es tiempo donado

Hay un deseo de ser escuchado. Escuchar es permitir la resonancia del otro en nuestro interior, por ello el escuchar es un acto eminentemente personal que indica mucho del que escucha y de su implicación en la relación dialógica. Es más, escuchar es un acto espiritual. Una escucha plena no es posible si la interioridad está ausente y carece de riqueza interior. Escuchar es un contacto en profundidad. Atender es una disposición del espíritu hacia el otro acogiéndolo. La destreza de atender es el resultado de unos valores vivenciados, traducidos en virtudes, actitudes, en destrezas y técnicas.

2ª. Aceptar incondicionalmente el camino interior de cada hombre y mujer: El amor cristiano

Ser reconocidos y reconocer, ser alguien para alguien que nos reconoce, es una de las necesidades primarias del hombre que en las relaciones interpersonales se pone presente. Es la búsqueda de apoyo firme para nosotros como individuos. El reconocimiento recíproco es una experiencia determinante en la formación de la personalidad, pues puede hacer florecer la llamada confianza radical, confianza fundamental, sobre la que se sedimenta, cual experiencia originante, el poder explorar el mundo y el poder abordar las novedades con confianza. El amor cristiano es aceptación incondicional, es una disposición actitudinal y valorativa. Ella, la

aceptación incondicional, se dirige como calor acogedor al ser del otro, a decirle que es bonito que existas, que excusa sus límites, le cree sin límites (cf. I Cor 13), y desde ahí iniciar el cambio mental, afectivo y moral.

3ª. Bajar a las raíces del otro. Empatía, simpatía y compasión: La empatía cristiana

La empatía es dejarse envolver con libertad interior en el mundo mental y emocional del otro, tomándolo en consideración y asumiendo su ángulo vivencial. Conlleva dos capacidades: la actitud de comprender al otro y la comunicación acertada de ese mundo percibido en el otro. La empatía cristiana supone algo más que la empatía de libro, pues nace e implica más campos de lo personal en la relación, pero sin contagiarse ni paralizarse ni transferirse en la relación para no malograrla (cf II Cor 11, 28-29; I Cor 9, 22; Rm 12, 15-16; 15, 1-3). La empatía cristiana tiene enlaces con la simpatía, la compasión, la sintonía y la unión. Es bajar en compañía *de Cristo a las raíces de la otra persona*, «penetré en mi intimidad siendo Tú mi guía»²⁷³.

4ª. Responder: La palabra cálida e inteligente en Cristo

Responder es establecer una base intercambiable en el diálogo que lleva a la autoexploración y a la autocomprensión, a la iluminación espiritual. Responder es la capacidad de saber comunicar al interlocutor su sentimiento y la razón del mismo sentimiento de una forma precisa, desde una clave iluminativa de sí mismo, de su vida y de su situación evolutiva espiritual. El saber responder comunica al otro que le hemos comprendido empáticamente, le sirve de verificación de que le hemos entendido y facilita la autoexploración del otro y le abre la luz iluminadora de Cristo sobre su alma en acción. La destreza de responder se compone de tres aspectos: responder al contenido, responder al sentimiento y responder al sentimiento y al contenido.

²⁷³ San Agustín, Confesiones, VII, 10, 16.

5ª. Acompañar al vestíbulo del cambio.

El significado particular en el suprasignificado

Este clima relacional conduce a suscitar el crecimiento personal y el cambio a la luz de un proyecto nuevo de sí mismo. Este programa de ser nuevo se diseña en sus sentidos pequeños y particulares en el marco de un sentido amplio y fundante, el suprasignificado. La vida es una cadena de decisiones pequeñas dentro de una gran decisión de ser, de programa de ser, según los valores objetivos interiorizados. Cada situación es única por su ser y pide una respuesta de valor dentro del marco del proyecto de ser de sí mismo. Hay que ir desde el sistema de creencias, valores y significados de la otra persona a la propuesta de creencias, valores y significados dentro del suprasignificado²⁷⁴. Ese significado último puede ser captado si es acompañado. Este suprasignificado que engendra los significados menores no puede ser captado por toda persona si no está en condiciones peculiares. El significado es encontrado y descubierto en el diálogo sobre lo somático y lo psíquico que la persona manifiesta en un encuentro humano pleno²⁷⁵. Se trata del camino que conduce al hombre desde las pequeñas verdades a la verdad; en cada valor hay una referencia al summum bonum, lo suponemos sin saberlo ni sospecharlo²⁷⁶. Y ese camino de las pequeñas cosas hacia la verdad, camino constatado por el hombre de todas las culturas, muestra que el sentido de lo pequeño a la luz del sentido grande debe ser buscado y hallado por el hombre y la mujer en la mistagogía del encuentro, pues no es dado sin búsqueda y encuentro; sólo basta no bloquear el proceso de búsqueda de sentido con cualquier autoengaño²⁷⁷.

274 Cfr. David Guttmann, *Logoterapia para profesionales. Trabajo social significativo*. DDB, Bilbao 1998, p. 51.

275 Cfr. David Guttmann, o.c., p. 142.

276 Cfr. R. Allers, en: V. E. Frankl y P. Lapide, *Búsqueda de Dios y sentido de la vida. Diálogo entre un teólogo y un psicólogo*, Herder, Barcelona 2005, pp. 72-74.

277 Cfr. V. E. Frankl y P. Lapide, o.c., p. 84.

La mayéutica cristiana crea la recepción de lo propuesto

El encuentro cristiano es acontecimiento que no solo dice lo hay que hacer y cambiar sino que crea las disposiciones para aceptarlo, porque actúan simultáneamente un maestro exterior y un maestro interior sobre la mente, el corazón y la decisión de la persona: «El Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (Hch 16, 14). Dado que el hombre es un proceso continuo, lo es también su camino o su crecimiento gradual que hay aceptar, pues el discípulo se va haciendo día a día discípulo real, su crecimiento se construye día a día, determinación a determinación: «El ser humano conoce, ama y realiza el bien moral según diversas etapas de crecimiento»²⁷⁸. «Cada ser humano avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios y de las exigencias de su amor definitivo y absoluto en toda la vida personal y social»²⁷⁹. La verdad y el amor tienen una mayéutica gradual en la persona. Es preciso tener tiento y cautela sapiencial para lograr y llegar a las metas del encuentro a través de una conversación tan prudente que evite preventivamente los posibles riesgos y defectos en la conducción del coloquio de comunión. El coloquio tiene su metodología, su mayéutica, su proceso para que nazca y sea engendrada en el otro la verdad y el bien; debe ser respetada esta mayéutica cristiana, tan ejercida por nuestro Señor en sus bellos coloquios, si no queremos precipitar los pasos y abortar el nacimiento del nuevo sentido y de la nueva mentalidad en el otro. Esta verdad debe ser interiorizada por el presbítero y vivir pacientemente en ella.

278 San Juan Pablo II, *Familiaris consortio* 34; Cf. Francisco, AL 295.

279 San Juan Pablo II, *Familiaris consortio* 9; Cf. Francisco, AL 122, 295.

REFLEXIONES Y PREGUNTAS

1^a. Comentemos el texto: «os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere» (I Pe 5, 1-2).

2^a. ¿Qué cualidades y virtudes son las del pastor, las del Guía de la Comunidad Cristiana?

3^a. Comentamos aspectos del trato y de la conversación del pastor, del Guía de la Comunidad cristiana.

ORACIÓN

Pastor que, sin ser pastor,
al buen Cordero nos muestras,
precursor que, sin ser luz,
nos dices por dónde llega,
enséñanos a enseñar
la fe desde la pobreza.

Tú que traes un bautismo
que es poco más que apariencia
y al que el Cordero más puro
baja buscando pureza,
enséñame a difundir
amor desde mi tibieza.

Tú que sientes como yo
que la ignorancia no llega
ni a conocer al Señor
ni a desatar sus correas,
enséñame a propagar
la fe desde mi torpeza.

Tú que sabes que no fuiste
la Palabra verdadera
y que sólo eras la voz
que en el desierto vocea,
enséñame, Juan, a ser
profeta sin ser profeta. Amén²⁸⁰.

280 Himno del Oficio de Lectura, Natividad de San Juan Bautista, 24 de junio:
LH, vol. III, p. 1327.

OFERTAS FORMATIVAS CURSO 2021-2022



Ofertas formativas curso 2021-2022

CURSOS DE LA CÁTEDRA DE TEOLOGÍA ESPIRITUAL SAN JUAN DE ÁVILA 2021/2022

AÑO MONOGRÁFICO

SEDUCIDOS POR EL ESPÍRITU UNA ESPIRITUALIDAD PARA LA MISIÓN: CLAVES EN LA ENSEÑANZA DEL PAPA FRANCISCO

Cursos

1. El discernimiento espiritual como método apostólico y pastoral
2. La santidad misionera en la Iglesia: hacia una mística apostólica
3. La meditación cristiana: «un misterio que impregna la vida»
4. «Ungidos y enviados»: claves para la espiritualidad sacerdotal

JORNADAS DE TEOLOGÍA

15 y 16 de noviembre de 2021

FECHAS A RECORDAR DEL CALENDARIO PASTORAL 2021 / 2022



FECHAS A RECORDAR DEL CALENDARIO PASTORAL 2021/2022

1. Ejercicios espirituales para los sacerdotes: 4-8 de octubre de 2021.
2. Jornada de Teología: 8-9 de noviembre de 2021.
3. Ejercicios espirituales para los sacerdotes: 7-11 de febrero de 2022.
4. Jornada de Filosofía: 12 de febrero de 2022.
5. Misa crismal: 11 de abril de 2022.
6. San Juan de Ávila, Día del Clero: 10, martes, de mayo de 2022.
7. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote: 9 de junio de 2022.
8. Sagrado Corazón de Jesús: Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes: 24 de junio de 2022.

